

EL AMANTE

MARGUERITE DURAS

Un día, ya entrada en años, en el vestíbulo de un edificio público, un hombre se me acercó. Se dio a conocer y me dijo: "La conozco desde siempre. Todo el mundo dice que de joven era usted hermosa, me he acercado para decirle que en mi opinión la considero más hermosa ahora que en su juventud, su rostro de muchacha me gustaba mucho menos que el de ahora, devastado".

Pienso con frecuencia en esta imagen que sólo yo sigo viendo y de la que nunca he hablado. Siempre está ahí en el mismo silencio, deslumbrante. Es la que más me gusta de mí misma, aquélla en la que me reconozco, en la que me fascino.

Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. A los dieciocho años ya era demasiado tarde. Entre los dieciocho y los veinticinco años mi rostro emprendió un camino imprevisto. A los dieciocho años envejecí. No sé si a todo el mundo le ocurre lo mismo, nunca lo he preguntado. Creo que me han hablado de ese empujón del tiempo que a veces nos alcanza al transponer los años más jóvenes, más gloriosos de la vida. Ese envejecimiento fue brutal. Vi cómo se apoderaba de mis rasgos uno a uno, cómo cambiaba la relación que existía entre ellos, cómo agrandaba los ojos, cómo hacía la mirada más triste, la boca más definitiva, cómo grababa la frente con grietas profundas. En lugar de horrorizarme seguí la evolución de ese envejecimiento con el interés que me hubiera tomado, por ejemplo, por el desarrollo de una lectura. Sabía, también, que no me equivocaba, que un día aminoraría y emprendería su curso normal. Quienes me conocieron a los diecisiete años, en la época de mi viaje a Francia, quedaron impresionados al volver a verme, dos años después, a los diecinueve. He conservado aquel nuevo rostro. Ha sido mi rostro. Ha envejecido más, por supuesto, pero relativamente menos de lo que hubiera debido. Tengo un rostro lacerado por arrugas secas, la piel resquebrajada. No se ha deshecho como algunos rostros de rasgos finos, ha conservado los mismos contornos, pero la materia está destruida. Tengo un rostro destruido.

Diré más, tengo quince años y medio.

El paso de un transbordador por el Me-kong.

La imagen persiste durante toda la travesía del río.

Tengo quince años y medio, en ese país las estaciones no existen, vivimos en una estación única, cálida, monótona, nos hallamos en la larga zona cálida de la tierra, no hay primavera, no hay renovación.

Estoy en un pensionado estatal, en Saigón. Duermo y como ahí, en ese pensionado, pero voy a clase fuera, a la escuela francesa. Mi madre, maestra, desea enseñanza secundaria para su niña. Para ti necesitaremos la enseñanza secundaria. Lo que era suficiente para ella ya no lo es para la pequeña.

Enseñanza secundaria y después unas buenas oposiciones de matemáticas. Desde mis primeros años escolares siempre oí esa cantinela. Nunca imaginé que pudiera escapar de las oposiciones de matemáticas, me contentaba relegándolas a la espera. Siempre vi a mi madre planear cada día el futuro de sus hijos y el suyo. Un día ya no fue capaz de planear grandezas para sus hijos y planeó miserias, futuros de mendrugos de pan, pero lo hizo de manera que también tales planes siguieron cumpliendo su función, llenaban el tiempo que tenía por delante. Recuerdo las clases de contabilidad de mi hermano menor. De la escuela Universal, cada año, en todos los niveles. Hay que ponerse al corriente, decía mi madre. Duraba tres días, nunca cuatro, nunca. Nunca. Cuando cambiábamos de destino abandonábamos la escuela Universal. Volvíamos a empezar en el nuevo. Mi madre aguantó diez años. Todo era inútil. El hermano menor se convirtió en un simple contable en Saigón. Al hecho de que la escuela Violet no existiera en la colonia debemos la marcha de mi hermano mayor a Francia. Durante algunos años permaneció en Francia para estudiar en la escuela Violet. No terminó. Mi madre no debió hacerse ilusiones. Pero no podía elegir, era necesario separar a aquel hijo de los otros dos hermanos. Durante algunos años no formó parte de la familia. En su ausencia, la madre compró la concesión. Terrible aventura, pero para nosotros, los niños que nos quedamos, menos terrible de lo que hubiera sido la presencia del asesino de los niños de la noche, de la noche del cazador.

Con frecuencia me han dicho que la causa era el sol demasiado intenso durante toda la infancia. Pero no lo he creído. También me han dicho que era el ensimismamiento en el que la miseria sume a los niños. Pero no, no es eso. Los niños-viejos del hambre endémica, sí, pero nosotros, no, no teníamos hambre, nosotros éramos niños blancos, nosotros teníamos vergüenza, nosotros vendíamos nuestros muebles, pero no teníamos hambre, nosotros teníamos un criado y comíamos, a veces, es cierto, porquerías, zancudas, caimanes, pero tales porquerías estaban cocinadas por un criado y servidas por él y a veces incluso no las queríamos, nos permitíamos el lujo de no querer comer. No, algo sucedió cuando tenía dieciocho años que motivó que ese rostro fuera como es. Debió de suceder por la noche. Tenía miedo de mí, tenía miedo de Dios. Cuando amanecía, tenía menos miedo y menos grave parecía la muerte. Pero el miedo no me abandonaba. Quería matar, a mi hermano mayor, quería matarle, llegar a vencerle una vez, una sola vez y verle morir. Para quitar de delante de mi madre el objeto de su amor, ese hijo, castigarla por quererle tanto, tan mal, y sobre todo para salvar a mi hermano pequeño, mi niño, de la vida llena de vida de ese hermano mayor plantada encima de la suya, de ese velo negro ocultando el día, de la ley por él representada, por él dictada, un ser humano, y que era una ley animal, y que a cada instante de cada día de la vida de ese hermano menor sembraba el miedo en esa vida, miedo que una vez alcanzó su corazón y lo mató.

He escrito mucho acerca de los miembros de mi familia, pero mientras lo hacía aún vivían, la madre y los hermanos, y he escrito sobre ellos, sobre esas cosas sin ir hasta ellas.

La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos pasajes donde se insinúa que alguien hubo, no es cierto, no hubo nadie. Ya he escrito, más o menos, la historia de una reducida parte de mi juventud, en fin, quiero decir que la he dejado entrever, me refiero precisamente a ésta, la de la travesía del río. Con anterioridad, he hablado de los períodos claros, de los que estaban clarificados. Aquí hablo de los períodos ocultos de esa misma juventud, de ciertos ocultamientos a los que he sometido ciertos hechos, ciertos sentimientos, ciertos sucesos. Empecé a escribir en un medio que predisponía exageradamente al pudor. Escribir para ellos aún era un acto moral. Escribir, ahora, se diría que la mayor parte de las veces ya no es nada. A veces sé eso: que desde el momento en que no es, confundiendo las cosas, ir en pos de la vanidad y el viento, escribir no es nada. Que desde el momento en que no es, cada vez, confundiendo las cosas en una sola incalificable por esencia, escribir no es más que publicidad. Pero por lo general no opino, sé que todos los campos están abiertos, que no surgirá ningún obstáculo, que lo escrito ya no sabrá dónde meterse para esconderse, hacerse, leerse, que su inconveniencia fundamental ya no será respetada, pero no lo pienso de antemano.

Ahora comprendo que muy joven, a los dieciocho, a los quince años, tenía ese rostro premonitorio del que se me puso luego con el alcohol, a la mitad de mi vida. El alcohol suplió la función que no tuvo Dios, también tuvo la de matarme, la de matar. Ese rostro del alcohol llegó antes que el alcohol. El alcohol lo confirmó. Esa posibilidad estaba en mí, sabía que existía, como las demás, pero, curiosamente, antes de tiempo. Al igual que estaba en mí la del deseo. A los quince años tenía el rostro del placer y no conocía el placer. Ese rostro parecía muy poderoso. Incluso mi madre debía notarlo. Mis hermanos lo notaban. Para mí todo empezó así, por ese rostro evidente, extenuado, esas ojeras que se anticipaban al tiempo, a los hechos.

Quince años y medio. La travesía del río. Al llegar a Saigón, viajo, sobre todo cuando cojo el autocar. Y esa mañana cogí el autocar en Sadec donde mi madre dirige la escuela femenina. Es el final de las vacaciones escolares, ya no sé cuáles. Fui a pasarlas a la casita de funcionaría de mi madre. Y ese día regreso a Saigón, al pensionado. El autocar de los indígenas salió de la plaza del mercado de Sadec. Como de costumbre mi madre me acompañó y me confió al conductor, siempre me confía a los conductores de los autocares de Saigón, por si acaso hay un accidente, un incendio, una violación, un asalto pirata, una avería mortal del transbordador. Como de costumbre el conductor me colocó cerca de él, delante, en el lugar reservado a los viajeros blancos.

Debió de ser en el transcurso de ese viaje cuando la imagen se destacó y alcanzó su punto álgido. Pudo haber existido, pudo haberse hecho una fotografía, como otra, en otra parte, en otras circunstancias. Pero no existe. El objeto era demasiado insignificante para provocarla. ¿Quién hubiera podido pensar en eso? Sólo hubiera podido hacerse si se hubiera podido presentir la importancia de ese suceso en mi vida, esa travesía del río. Pues, mientras tenía lugar, aún se ignoraba incluso su existencia. Sólo Dios la conocía. Por eso, esa imagen, y no podría ser de otro modo, no existe. Ha sido omitida. Ha sido olvidada. No ha destacado, no ha alcanzado su punto álgido. A esa falta de haber sido tomada debe su virtud, la de representar un absoluto, de ser precisamente el artífice.

Es, pues, durante la travesía de un brazo del Mekong en el transbordador que se halla entre Vinhlong y Sadec en la gran planicie de barro y de arroz del sur de la Conchinchina, la de los Pájaros.

Me apeo del autocar. Me acerco a la borda. Miro el río. Mi madre, a veces, me dice que nunca, en toda mi vida, volveré a ver ríos tan hermosos como éstos, tan grandes, tan salvajes, el Mekong y sus brazos que descienden hacia los océanos, esos terrenos de agua que van a desaparecer en las cavidades del océano. En la planicie hasta perderse de vista, esos ríos, fluyen deprisa, se derraman como si la tierra se inclinara.

Siempre me apeo del autocar al llegar cerca del transbordador, por la noche también, porque siempre tengo miedo, tengo miedo de que los cables cedan, de que seamos arrastrados hacia el mar. En la tremenda corriente contemplo el último instante de mi vida. La corriente es tan fuerte que lo arrastraría todo, incluso piedras, una catedral, una ciudad. Hay una tempestad que ruge en el interior de las aguas del río. Del viento que se debate.

Llevo un vestido de seda natural, usado, casi transparente. Con anterioridad fue un vestido de mi madre, un día dejó de ponérselo porque lo consideraba demasiado claro, me lo dio. Es un vestido sin mangas, muy escotado. Tiene ese lustre que adquiere la seda natural con el uso. Recuerdo ese vestido. Creo que me sienta bien. Le puse un cinturón de cuero en la cintura, quizás un cinturón de mis hermanos. No recuerdo qué zapatos llevaba en esa época, sólo algunos vestidos. La mayor parte del tiempo voy con los pies desnudos en sandalias de lona. Me refiero a la época anterior al colegio de Saigón. A partir de ese momento siempre llevo zapatos, por supuesto. Ese día debo llevar el famoso par de tacones altos de lamé dorado.

No se me ocurre qué otros podría llevar ese día, o sea que los llevo. Rebajas rebajadas que compró mi madre. Llevo esos lamés dorados para ir al instituto. Voy al instituto con zapatos de noche ornados con adornillos de lustrina. Por capricho. Sólo me soporto con ese par de zapatos y aún ahora me

gusto así, esos tacones altos son los primeros de mi vida, son bonitos, han eclipsado a todos los zapatos que los han precedido, los zapatos para correr y jugar, planos, de lona blanca.

No son los zapatos la causa de que, ese día, haya algo insólito, inaudito, en la vestimenta de la pequeña. Lo que ocurre ese día es que la pequeña se toca la cabeza con un sombrero de hombre, de ala plana, un sombrero de fieltro flexible de color de palo de rosa con una ancha cinta negra.

La ambigüedad determinante de la imagen radica en ese sombrero.

He olvidado cómo llegó a mis manos. No se me ocurre quién pudo dármelo. Creo que fue mi madre quien me lo compró y a instancias mías. Única certeza: era una rebaja rebajada. ¿Cómo explicar esa compra? Ninguna mujer, ninguna chica lleva un sombrero de fieltro, de hombre, en la colonia en esa época. Ninguna mujer nativa tampoco. Eso es lo que debió ocurrir: debí probarme el sombrero, en broma, sin más, me miré en el espejo del vendedor. Y vi: bajo el sombrero de hombre, la delgadez ingrata de la silueta, ese defecto de la infancia, se convirtió en otra cosa. Dejó de ser un elemento brutal, fatal, de la naturaleza. Se convirtió, por el contrario, en una opción contradictoria de ésta, una opción del espíritu. De repente, se hizo deseable. De repente me veo como otra, como otra sería vista, fuera, puesta a disposición de todos, puesta a disposición de todas las miradas, puesta en la circulación de las ciudades, de las carreteras, del deseo. Cojo el sombrero, ya no me separo de él, tengo eso, ese sombrero que me hace enteramente suya, ya no lo abandono. Con los zapatos debió de suceder lo mismo, pero después del sombrero. No casan con el sombrero, como tampoco el sombrero casa con el cuerpo escuchimizado, pero me gustan. Tampoco los abandono, voy a todas partes con esos zapatos, ese sombrero, fuera, a todas horas, en cualquier ocasión, voy por la ciudad.

Encontré una fotografía de mi hijo a los veinte años. Está en California con sus amigas Erika y Elisabeth Lennard. Es delgado, tanto que diríase también él un ugandés blanco. Observé en él una sonrisa arrogante, la expresión un poco burlona. Quiere adoptar una imagen desmadejada de joven vagabundo. Se gusta así, pobre, con esa pinta de pobre, esa facha de joven flaco. Esta foto es la que más se aproxima a la que no se hizo a la joven del transbordador.

Ella fue quien compró el sombrero rosa de ala plana con una ancha cinta negra, ella, esa mujer de determinada foto, es mi madre. La reconozco mejor ahí que en fotos más recientes. Es el patio de una casa en el Pequeño Lago de Hanoi. Estamos juntos, ella y nosotros, sus hijos. Tengo cuatro años. Mi madre está en el centro de la imagen. Conozco perfectamente su incomodidad, su sonrisa ausente, sus ganas de que la foto acabe. Por su cara cansada, por cierto desorden en su vestimenta, por la somnolencia de su mirada, sé que hace calor, que está agotada, que se aburre. Pero es la manera de ir vestidos nosotros, sus

hijos, como pobres, donde noto un cierto estado en el que mi madre caía a veces y del que ya, a la edad que teníamos en la foto, conocíamos las señales precursoras, ese modo, precisamente, que de repente tenía de no poder lavarnos, de no poder vestarnos, y a veces incluso de no poder alimentarnos. Mi madre pasaba cada día por esa tremenda desgana de vivir. A veces duraba, a veces desaparecía con la noche. He tenido la suerte de tener una madre desesperada por un desespero tan puro que incluso la dicha de vivir, por intensa que fuera, a veces, no llegaba a distraerla por completo. Lo que siempre ignoré es la clase de hechos concretos que cada día la obligaban a abandonarnos de ese modo. Esa vez, quizá fuera la tontería que acababa de cometer, esa casa que acababa de comprar —la de la fotografía— que no necesitábamos y eso cuando mi padre estaba ya muy enfermo, tan a punto de morir, al cabo de pocos meses. ¿Acaso acababa de enterarse que también ella, a su vez, estaba enferma del mismo mal del que él moriría? Las fechas coinciden. Lo que ignoro, igual que debía de ignorarlo ella, es la naturaleza de las evidencias que la asaltaban y que hacían aparecer ese desánimo. ¿Era la muerte de mi padre, ya presente, o la del día? ¿El hecho de poner en tela de juicio ese matrimonio? ¿Ese marido? ¿Esos hijos? ¿O algo más general que todo ese haber?

Era diario. De eso estoy segura. Debía de ser brutal. Esa desesperación se manifestaba en un momento dado del día. Y después seguía la imposibilidad de seguir avanzando, o el sueño, o a veces nada, u otras veces, por el contrario, las compras de casas, las mudanzas, o a veces también ese humor, sólo ese humor, ese abatimiento o, a veces, una reina, todo cuanto se le pedía, todo cuanto se le ofrecía, la casa en el lago, sin ninguna tazón, mi padre ya moribundo, o ese sombrero de ala plana, porque la pequeña lo deseaba tanto, o también esos zapatos de lamé dorados. O nada, o dormir, morir.

Nunca había visto ninguna película con esas indias que llevan esos mismos sombreros de ala plana y trenzas por delante del cuerpo. Ese día también yo llevo trenzas, no las he recogido como hago normalmente, pero no son iguales. Llevo dos largas trenzas delante de mi cuerpo como esas mujeres de las películas que nunca he visto, pero son trenzas de niña. Desde que tengo el sombrero, para poder ponérmelo, ya no recojo mis cabellos. Desde hace algún tiempo me estiro el cabello, lo peino hacia atrás, me gustaría que fuera lacio, que se viera menos. Cada noche lo peino y antes de acostarme rehago mis colas tal como mi madre me enseñó. Mis cabellos son abundantes, flexibles, dolorosos, una mata cobriza que me llega a la cintura. Con frecuencia me dicen que es lo más bonito que tengo y yo pienso que eso significa que no soy guapa. Me haré cortar esa extraordinaria melena en París, a los veintitrés años, cinco años después de haber dejado a mi madre. Dije: corte. Cortó. Todo de un solo gesto, para pulir la obra la fría tijera rozó la piel de la nuca. Cayó al suelo. Me preguntaron si quería llevármelo. Dije no. Después ya no me han dicho

que tengo un hermoso cabello, quiero decir que ya no me lo han dicho tanto, como lo decían antes, antes de cortármelo. Después, más bien han dicho: tiene una mirada bonita. La sonrisa también, no está mal.

En el transbordador, miren, todavía las llevo. Quince años y medio. Ya voy maquillada. Uso crema Tokalon, intento disimular las pecas que tengo en la parte superior de la mejilla, debajo de los ojos. Debajo de la crema Tokalon uso polvos de color carne, marca Houbigan. Esos polvos son de mi madre que se los pone para ir a las reuniones de la Administración general. Ese día también llevo los labios pintados con carmín rojo oscuro como en aquel tiempo, cereza. No sé cómo me hice con él, quizá fue Hélène Lagonelle quien lo robara a su madre para mí, ya no lo recuerdo. No uso perfume, en casa de mi madre hay agua de colonia y jabón Palmolive.

En el transbordador, junto al autocar, hay una gran limusina negra con un chófer con librea de algodón blanca. Sí, el coche mortuario de mis libros. Es el Morris Léon-Bollée. El Lancia negro de la embajada de Francia en Calcuta aún no ha hecho su entrada en la literatura.

Entre los chóferes y los señores aún hay cristales correderos. Aún hay asientos plegables. Aún es amplio como una habitación. En la limusina hay un hombre muy elegante que me mira. No es un blanco. Viste a la europea, lleva el traje de tesorero blanco propio de los banqueros de Saigón. Me mira. Ya estoy acostumbrada a que me miren. Miran a las blancas de las colonias, y a las niñas blancas de doce años también. Desde hace tres años los blancos también me miran por las calles y los amigos de mi madre me piden amablemente que vaya a merendar a su casa a la hora en que sus mujeres juegan a tenis en el Club Deportivo.

Podría engañarme, creer que soy hermosa como las mujeres hermosas, como las mujeres miradas, porque realmente me miran mucho. Pero sé que no es cuestión de belleza sino de otra cosa, por ejemplo, sí, de otra cosa, por ejemplo, de carácter. Parezco lo que quiero parecer, incluso hermosa si es eso lo que quieren que sea, hermosa, o bonita, bonita por ejemplo para la familia, solamente para la familia no, puedo convertirme en lo que quieran que sea. Y creerlo. Creer, además, que soy encantadora. En cuanto lo creo, se convierte en realidad para quienes me ven y desean que sea de una manera acorde con sus gustos, también lo sé. Así, puedo ser encantadora, a conciencia, incluso si estoy atormentada por la estocada a muerte de mi hermano. Para la muerte, una sola cómplice: mi madre. Empleo la palabra encantadora como la empleaban a mi alrededor, alrededor de los niños.

Ya estoy advertida. Sé algo. Sé que no son los vestidos lo que hacen a las mujeres más o menos hermosas, ni los tratamientos de belleza, ni el precio de los potingues, ni la rareza, el precio de los atavíos. Sé que el problema está en

otra parte. No sé dónde. Sólo sé que no está donde las mujeres creen. Miro a las mujeres por las calles de Saigón, en los puestos de la selva. Las hay muy hermosas, muy blancas, prestan gran cuidado a su belleza, aquí, sobre todo en los puestos de la selva. No hacen nada, sólo se reservan, se reservan para Europa, los amantes, las vacaciones en Italia, los largos permisos de seis meses, cada tres años, durante los que podrán por fin hablar de lo que sucede aquí, de esta existencia colonial tan particular, del servicio de esa gente, de los criados, tan perfecto, de la vegetación, de los bailes, de estas quintas blancas, grandes como para perderse en ellas, donde habitan los funcionarios durante sus remotos destinos. Ellas esperan. Se visten para nada. Se contemplan. En la penumbra de esas quintas se contemplan para más tarde, creen vivir una novela, ya tienen los amplios roperos llenos de vestidos con los que no saben qué hacer, coleccionados como el tiempo, la larga sucesión de días de espera. Algunas se vuelven locas. Algunas son abandonadas por una joven criada que se calla. Abandonadas. Se oye cómo la palabra las alcanza, el ruido que hace, el ruido de la bofetada que da. Algunas se matan.

Ese faltar de las mujeres a sí mismas ejercido por ellas mismas siempre lo he considerado un error.

No se trataba de atraer al deseo. Estaba en quien lo provocaba o no existía. Existía ya desde la primera mirada o no había existido nunca. Era el entendimiento inmediato de la relación sexual o no era nada. Eso también lo sabía antes del experimento.

Sólo Hélène Lagonelle escapaba a la ley del error. Rezagada en la infancia.

Durante mucho tiempo no tengo vestidos propios. Mis vestidos son una especie de saco, están hechos con viejos vestidos de mi madre que son a su vez una especie de sacos. Excepto los que mi madre ha hecho hacerme por Dô. Es la criada que nunca abandonará a mi madre, ni siquiera cuando ésta regrese a Francia, ni cuando mi hermano mayor intente violarla en la casa de funcionario de Sadec, ni cuando no cobre. Dô se educó con las monjas, borda y plisa, cose a mano como ya nadie cose desde hace siglos, con agujas finas como cabellos. Como borda, mi madre le hace bordar sábanas, como plisa, mi madre le hace hacerme vestidos con pliegues, vestidos con volantes, los llevo como si llevara sacos, están pasados de moda, siempre infantiles, dos series de pliegues por delante y cuellecito redondo, o volantes ribeteados para aparentar "alta costura". Llevo esos vestidos al igual que si fueran sacos con cinturones que los deforman, entonces se eternizan.

Quince años y medio. El cuerpo es delgado, casi enclenque, los senos aún de niña, maquillada de rosa pálido y de rojo. Y además esa vestimenta que podría provocar la risa pero de la que nadie se ríe. Sé perfectamente que todo está ahí. Todo está ahí y nada ha ocurrido aún, lo veo en los ojos, todo está ya

en los ojos. Quiero escribir. Ya se lo he dicho a mi madre: lo que quiero hacer es escribir. La primera vez, ninguna respuesta. Y luego ella pregunta: ¿escribir qué? Digo libros, novelas. Dice con dureza: después de las oposiciones de matemáticas, si quieres, escribe, eso no me importa. Está en contra, escribir no tiene mérito, no es un trabajo, es un cuento —más tarde me dirá: una fantasía infantil.

La pequeña del sombrero de fieltro aparece a la luz fangosa del río, sola en el puente del transbordador, acodada en la borda. El sombrero de hombre colorea de rosa toda la escena. Es el único color. Bajo el sol brumoso del río, el sol del calor, las orillas se difuminan, el río parece juntarse con el horizonte. El río fluye sordamente, no hace ningún ruido, la sangre en el cuerpo. Fuera del agua no hace viento. El motor del transbordador, el único ruido de la escena, el de un viejo motor descuajaringado con las bielas fundidas. De vez en cuando, a ligeras ráfagas, rumor de voces. Y después los ladridos de los perros, llegan de todas partes, de detrás de la niebla, de todos los pueblos. La pequeña conoce al barquero desde que era niña. El barquero le sonríe y le pregunta por la señora directora. Dice que la ve pasar a menudo, por las noches, que ella va con frecuencia a la concesión de Camboya. La madre está bien, dice la pequeña. Alrededor del transbordador, el río llega a ras de borda, sus aguas en movimiento atraviesan las aguas estancadas de los arrozales, no se mezclan. Ha arrastrado todo lo que ha encontrado desde el Tonlesap, la selva camboyana. Arrastra todo lo que le sale al paso, chozas de paja, selvas, incendios extinguidos, pájaros muertos, perros muertos, tigres, búfalos, ahogados, hombres ahogados, cebos, islas de jacintos de agua aglutinadas, todo va hacia el Pacífico, nada tiene tiempo de hundirse, todo es arrastrado por la tempestad profunda y vertiginosa de la corriente interior, todo queda en suspenso en la superficie de la fuerza del río.

Le respondí que lo que quería, por encima de todo, era escribir, nada que no fuera eso, nada. Está celosa. Ninguna respuesta, una breve mirada inmediatamente desviada, el ligero encogimiento de hombros, inolvidable. Seré la primera en irme. Habrá que esperar unos años para que me pierda, para que pierda a esa niña, esa niña de entonces. Respecto a los hijos, no había nada que temer. Pero la niña, un día, ella lo sabía, se iría, lograría liberarse. Primera en francés. El director del instituto le dice: su hija, señora, es la primera en francés. Mi madre no dice nada, nada, no está contenta porque no son sus hijos los primeros en francés, qué asco, mi madre, mi amor, pregunta: ¿y en matemáticas? Dicen: todavía no, señora, ya llegará. Mi madre pregunta: ¿cuándo llegará? Responden: cuando ella quiera, señora.

Mi madre mi amor mi increíble pinta con las medias de algodón zurcidas por Dô, en los trópicos sigue creyendo que hay que ponerse medias para ser la señora directora de la escuela, vestidos lamentables, deformados, remendados

por Do, acaba aún de llegar de su granja picarda poblada de primas, lo usa todo hasta el final, cree que es necesario, que es necesario ganárselos, sus zapatos, sus zapatos están gastados, camina de través, con un gran esfuerzo, los cabellos tirantes y ceñidos en un moño de china, nos avergüenza, me avergüenza en la calle delante del instituto, cuando llega en su B. 12 delante del instituto todo el mundo la mira, ella no se da cuenta de nada, nunca, está para encerrar, para apalizar, para matar. Me mira, dice: quizá tú te salgas de eso. Día y noche la idea fija. No se trata de que sea necesario conseguir algo, sino de que es necesario salirse de donde se está.

Cuando mi madre se recupera, cuando sale de la desesperación, descubre el sombrero de hombre y los lames dorados. Me pregunta qué es eso. Digo que nada. Me mira, le gusta, sonrío. No está mal, dice, no te sienta mal, eso es otra cosa. No pregunta si lo ha comprado ella, sabe que ha sido ella. Sabe que es capaz de hacerlo, que a veces, esas veces a las que me he referido, se le saca todo lo que uno quiere, que nada puede contra nosotros. Le digo: no es nada caro, no te preocupes. Pregunta de dónde ha salido. Le digo que ha salido de la calle Catinat, de las rebajas rebajadas. Me mira con simpatía. Debe de considerar que esa imaginación de la pequeña, inventarse una manera de ataviarse, es una señal alentadora. No sólo admite esa payasada, esa inconveniencia, ella, tan formal como una viuda, vestida de grisalla como una monja enclaustrada, sino que semejante inconveniencia le gusta.

El vínculo con la miseria también está ahí, en el sombrero de hombre, pues será necesario que el dinero llegue a casa, de un modo u otro será necesario. Alrededor de la madre, el desierto, los hijos, el desierto, no harán nada, las tierras salubres tampoco, el dinero seguirá perdido, es el final. Queda esa pequeña que crece y que quizás un día sabrá cómo traer dinero a casa. Por eso, ella no lo sabe, la madre permite a su hija salir vestida de niña prostituta. Y por eso también la niña sabe ya qué hacer para desviar la atención que se le dirige a ella, hacia la que ella dirige al dinero. Eso hace sonreír a la madre.

Cuando busque dinero la madre no le impedirá hacerlo. La niña dirá: le he pedido quinientas piastras para regresar a Francia. La madre dirá que está bien, que es lo que se necesita para instalarse en París, dirá: basta con quinientas piastras. La niña sabe que lo que hace, lo que hace ella, es lo que la madre hubiera deseado que hiciera su hija, si se hubiera atrevido, si hubiera tenido fuerzas para ello, si el daño que hacía el pensarlo no estuviera presente cada día, extenuante.

En las historias de mis libros que se remontan a la infancia, de repente ya no sé de qué he evitado hablar, de qué he hablado, creo haber hablado del amor que sentíamos por nuestra madre pero no sé si he hablado del odio que también le teníamos y del amor que nos teníamos unos a otros y también del odio, terrible, en esta historia común de ruina y de muerte que era la de nuestra

familia, de todos modos, tanto en la del amor como en la del odio, y que aún escapa a mi entendimiento, me es inaccesible, oculta en lo más profundo de mi piel, ciega como un recién nacido. Es el ámbito en cuyo seno empieza el silencio. Lo que ahí ocurre es precisamente el silencio, ese lento trabajo de toda mi vida. Aún estoy ahí, ante esos niños posesos, a la misma distancia del misterio. Nunca he escrito, creyendo hacerlo, nunca he amado, creyendo amar, nunca he hecho nada salvo esperar delante de la puerta cerrada.

Cuando estoy en el transbordador del Mekong, ese día de la limusina negra, mi madre aún no ha dejado la concesión del embalse. De vez en cuando, aún hacemos el camino, como antes, por la noche, aún vamos allí los tres, vamos a pasar unos días. Nos quedamos allá, en la veranda del bungalow, frente a la montaña de Siam. Y después regresamos. Ella no tiene nada que hacer allí, pero regresa al lugar. Mi hermano menor y yo estamos a su lado, en la veranda, frente a la selva. Ahora somos demasiado mayores, ya no nos bañamos en el río, no vamos a la caza de la pantera negra en las ciénagas de las desembocaduras, ya no vamos a la selva ni a los pueblos de los pimentales. Todo ha crecido a nuestro alrededor. Ya no hay niños ni en búfalos ni en ninguna otra parte. La extrañeza nos ha alcanzado también a nosotros, y la misma lentitud que se ha apoderado de mi madre también se ha apoderado de nosotros. Hemos aprendido nada, a mirar la selva, a esperar, a llorar. Las tierras de la parte baja están definitivamente perdidas, los criados cultivan las parcelas de la parte alta, les dejamos el arroz, permanecen allí sin sueldo, aprovechan las chozas de paja que mi madre ha hecho construir. Nos quieren como si fuésemos miembros de sus familias, hacen como si conservaran el bungalow y lo conservan. A la pobre vajilla no le falta nada. La techumbre podrida por la lluvia sigue desapareciendo. Pero los muebles están limpios. Y la silueta del bungalow está ahí, pura como un trazo, visible desde el camino. Las puertas se abren cada día para que el viento entre y seque la madera. Y por la noche se cierran a los perros vagabundos, a los contrabandistas de la montaña.

Así, pues, no es en la cantina de Ream, ya ven, como había escrito, donde conocí al hombre rico de la limusina negra, es después de dejar la concesión, dos o tres años después, en el transbordador, el día al que me refiero, bajo esa luz de bruma y de calor.

Un año y medio después de ese encuentro mi madre regresa a Francia. Venderá todos sus muebles. Y después irá al pantano por última vez. Se sentará a la veranda frente al poniente, miraremos hacia el Siam una vez más, una última vez, nunca prolongada, porque, aunque volverá a salir de Francia cuando cambie de opinión y regrese otra vez a Indochina para retirarse en Saigón, ya nunca más estará delante de esa montaña, de ese cielo amarillo y verde por encima de esa selva.

Sí, lo que decía, ya tarde en su vida, volvió a empezar. Hizo una escuela de lengua francesa, la Nueva Escuela Francesa, que le permitirá pagar una parte de mis estudios y mantener a su hijo mayor mientras ella vivió.

El hermano menor murió de una bronconeumonía en tres días, el corazón no resistió. Fue entonces cuando dejé a mi madre. Durante la ocupación japonesa. Aquel día todo terminó. Nunca le pregunté nada acerca de nuestra infancia, acerca de ella. Para mí murió de la muerte de mi hermano pequeño. Igual que mi hermano mayor. No superé el horror que, de repente, me inspiraron. Ya no me importan. Después de aquel día no supe más de ellos. Todavía no sé cómo consiguió pagar sus deudas a los chettys. Un día dejaron de venir. Los veo. Están sentados en la salita de Sadec, vestidos con taparrabos blancos, permanecen allí, sin una palabra, meses, años. Se oye a mi madre que llora y los insulta, está en su habitación, no quiere salir, grita que la dejen, están sordos, tranquilos, sonrientes, se quedan. Y después, un día, se acabó. Ahora la madre y los dos hermanos están muertos. También para los recuerdos es demasiado tarde. Ahora ya no les quiero. No sé si los quise. Los abandoné. Ya no guardo en mi mente el perfume de su piel ni en mis ojos el color de sus ojos. Ya no me acuerdo de la voz, salvo a veces la de la dulzura con la fatiga de la noche. Ya no oigo la risa, ni la risa ni los gritos. Se acabó, ya no lo recuerdo. Por eso ahora escribo tan fácilmente sobre ella, tan largo, tan tendido, se ha convertido en escritura corriente.

Esa mujer debió permanecer en Saigón desde 1932 a 1949. En diciembre de 1942 murió mi hermano menor. Ella ya no puede moverse por ninguna parte. Todavía está allá, cerca de la tumba, dice. Y después terminó por regresar a Francia. Cuando volvimos a vernos mi hijo tenía dos años. Era demasiado tarde para reencontrarnos. Lo comprendimos desde la primera mirada. Ya no había nada que reencontrar. Salvo con el hijo mayor, para el resto era el final. Fue a vivir y a morir en el Loire-et-Cher, al falso castillo Luis XIV. Vivía con Dô. Todavía tiene miedo por la noche. Había comprado un fusil. Dô montaba guardia en las habitaciones abuhardilladas del último piso del castillo. También había comprado una propiedad cerca de Amboise para su hijo mayor. Había bosques. Hizo talar los bosques. Fue a jugarse el dinero a un club de baccara en París. Se perdieron los bosques en una noche. El momento en que el recuerdo se doblega de repente, el momento en que mi hermano mayor quizá me hace saltar las lágrimas, es después de la pérdida del dinero de esos bosques. Lo único que sé es que lo encuentran acostado en el coche, en Montparnasse, delante de la Coupole, que quiere morir. Después, ya no sé nada. Lo que ella, mi madre, hizo con el castillo es inimaginable, siempre para el hijo mayor que no sabe, él, ese niño de cincuenta años, ganar dinero. La madre compra incubadoras eléctricas, las instala en el gran salón de la parte baja. Tiene seiscientos polluelos de golpe, cuarenta metros cuadrados de polluelos. Se había equivocado en el manejo de los infrarrojos, ningún

polluelo consigue alimentarse. Los seiscientos polluelos tienen un pico que no encaja, no cierra, revientan de hambre, la madre no empezará de nuevo. Estuve en el castillo durante el nacimiento de los polluelos, era fiesta. A continuación, el pestazo de los polluelos muertos y el de su comida es tal que no puedo comer en el castillo de mi madre sin vomitar.

Muere entre Dô y aquel a quien llama su hijo en su enorme habitación del primer piso, la habitación donde hacía dormir a los corderos, de cuatro a seis corderos alrededor de su cama durante las heladas, durante varios inviernos, los últimos.

Es ahí, en la última casa, la del Loira, una vez que haya terminado con su incesante vaivén, al final de los asuntos de esa familia, es ahí donde comprendo claramente la locura por primera vez. Comprendo que mi madre está claramente loca. Sé que Do y mis hermanos siempre han tenido acceso a esa locura. Que yo, no, yo aún no la había visto. Que nunca había visto a mi madre en situación de estar loca. Lo estaba. De nacimiento. En la sangre. No estaba enferma de su locura, la vivía como la salud. Entre Dô y el hijo mayor. Nadie excepto ellos tenían conocimiento del hecho. Siempre había tenido amigos, conservó los mismos durante largos años y siempre hizo nuevas amistades, a veces muy jóvenes, entre los recién llegados de los puestos de la selva, o más tarde entre la gente de la Turena, entre la que había jubilados de las colonias francesas. Retenía a la gente a su alrededor, sin importar la edad, a causa de su inteligencia, decían, tan vivaz, de su alegría, de esa naturalidad incomparable que nunca se abandonaba.

No sé quién hizo la fotografía de la desesperación. La del patio de la casa de Hanoi. Quizá mi padre por última vez. Dentro de unos meses será repatriado a Francia por motivos de salud. Antes, cambiará de destino, será destinado a Pnom-Penh. Permanecerá allí unas semanas. Morirá en menos de un año. Mi madre se habrá negado a seguirle a Francia, se quedará allí donde está, firme. Pnom-Penh. En esta admirable residencia que da al Mekong, el antiguo palacio del rey de Camboya, en medio de ese parque aterrador, hectáreas, donde mi madre tiene miedo. Por la noche, nos da miedo. Dormimos los cuatro en la misma cama. Dice que por la noche tiene miedo. En esta residencia es donde mi madre sabrá de la muerte de mi padre. La sabrá antes de la llegada del telegrama, desde la víspera, por una señal que sólo ha visto y ha sabido entender ella, por ese pájaro que en plena noche gritó, enloquecido, perdido en el despacho de la fachada norte del palacio, el de mi padre. También ahí, unos días después de la muerte de su marido, también en plena noche, mi madre se encontró frente a la imagen de su padre, de su propio padre. Enciende la luz. Está ahí. Está cerca de la mesa, en pie, en el gran salón octogonal del palacio. La mira. Recuerdo un aullido, un grito. Nos despertó, nos contó la historia, cómo iba vestido, con su traje de los domingos,

gris, cómo guardaba la compostura, y su mirada, directa hacia ella. Dice: lo he llamado como cuando era niña. Dice: no he tenido miedo. Corrió hacia la desaparecida imagen. Los dos murieron a la hora y fecha de los pájaros y de las imágenes. De ahí, sin duda, la admiración que sentíamos hacia la sabiduría de nuestra madre, en todas las cosas, comprendidas las de la muerte.

El hombre elegante se ha apeado de la limusina, fuma un cigarrillo inglés. Mira a la jovencita con sombrero de fieltro, de hombre, y zapatos dorados. Se dirige lentamente hacia ella. Resulta evidente: está intimidado. Al principio, no sonríe. Primero le ofrece un cigarrillo. Su mano tiembla. Existe la diferencia racial, no es blanco, debe superarla, por eso tiembla. Ella le dice que no fuma, no, gracias. No dice nada más, no le dice déjeme tranquila. Entonces tiene menos miedo. Entonces le dice que cree estar soñando. No responde. No vale la pena responder, ¿qué podría responder? Espera. Entonces él le pregunta: ¿pero de dónde viene usted? Dice que es la hija de la directora de la escuela femenina de Sadec. El reflexiona y después dice que ha oído hablar de esa señora, su madre, de la mala suerte que ha tenido con esa concesión que compró en Cambo-ya, ¿no es así? Sí, lo es.

Repite que es realmente extraordinario verla en ese transbordador. Por la mañana, tan pronto, una chica tan hermosa como ella, usted no se da cuenta, resulta inesperado, una chica blanca en un autocar indígena.

Le dice que el sombrero le sienta bien, incluso muy bien, que resulta... sí, original... un sombrero de hombre, ¿por qué no?, es tan bonita, puede permitírselo todo.

Ella le mira. Se pregunta quién es. El hombre le dice que regresa de París donde ha cursado sus estudios, que también vive en Sadec, en el río exactamente, la gran casa con las grandes terrazas de balaustradas de cerámica azul. Le pregunta qué es. Le dice que es chino, que su familia procede del norte de China, de Fu-Chuen. ¿Me permite que la lleve a su casa, en Saigón? Está de acuerdo. El hombre dice al chófer que recoja del autocar el equipaje de la chica y que lo meta en el coche negro.

Chino. Pertenece a esa minoría financiera de origen chino que posee toda la inmobiliaria popular de la colonia. Él es quien aquel día cruzaba el Mekong en dirección a Saigón.

Entra en el coche negro. La portezuela vuelve a cerrarse. Una angustia apenas experimentada se presenta de repente, una fatiga, la luz en el río que se empaña, pero apenas. Una sordera muy ligera también, una niebla, por todas partes.

Nunca más haré el viaje en el autocar destinado a los indígenas. En lo sucesivo, tendré a mi disposición una limusina para ir al instituto y para

devolverme al pensionado. Cenaré en los locales más elegantes de la ciudad. Y seguiré ahí, lamentándome de todo lo que haga, de todo lo que deje, de todo lo que tome, tanto lo bueno como lo malo, el autocar, el chófer del autocar con quien me reía, las viejas mascadoras de tabaco de betel en los asientos traseros, los niños en el portaequipajes, la familia de Sadec, el horror de la familia de Sadec, su silencio genial.

Él hablaba. Decía que echaba de menos París, a los adorables parisinos, las juergas, las fiestas, ah la la, la Coupole, la Rotonde, prefiero la Rotonde, las salas de fiesta nocturnas, esa existencia "bárbara" que había llevado durante dos años. Ella escuchaba, atenta a los datos de su discurso que desembocaban en la riqueza, que pudieran dar una indicación acerca de la cuantía de los millones. El hombre seguía contando. Su madre había muerto, era hijo único. Sólo le quedaba el padre poseedor del dinero. Pero usted ya sabe lo que es eso, está clavado a su pipa de opio frente al río desde hace diez años, administra su fortuna desde su cama de campaña. Ella dice que comprende.

No aceptará el matrimonio de su hijo con la putilla blanca del puesto de Sadec.

La imagen arranca de mucho antes de que el hombre haya abordado a la niña blanca cerca de la borda, en el momento en que ha bajado de la limusina negra, cuando ha empezado a acercársele, y ella, ella lo sabía, sabía que él tenía miedo.

Desde el primer instante sabe algo así: que el hombre está en sus manos. Por tanto, otros, aparte de él, podrían también estar en sus manos si la ocasión lo permitiera. También sabe algo más: que, en lo sucesivo, ha llegado ya sin duda el momento en que ya no puede escapar a ciertas obligaciones que tiene para consigo misma. Y que la madre no debe enterarse de nada, ni los hermanos, lo sabe también ese día. Desde que ha entrado en el coche negro, lo ha sabido, está al margen de esa familia por primera vez y para siempre. Desde ahora no deben saber nada de lo que ocurra. Que se la quiten, que se la lleven, que se la hieran, que se la arruinen, ellos no deben enterarse. Ni la madre, ni los hermanos. Esa será, en lo sucesivo, su suerte. Es ya como para llorar en la limusina negra.

La niña ahora tendrá que vérselas con ese hombre, el primero, el que se ha presentado en el transbordador.

Ocurrió muy pronto aquel día, un jueves. Cada día iba a buscarla al instituto para llevarla al pensionado. Y luego una vez fue al pensionado un jueves por la tarde. La llevó en el automóvil negro.

Es en Cholen. Es en dirección opuesta a los bulevares que conectan la ciudad china con el centro de Saigón, esas grandes vías a la americana

surcadas de tranvías, cochecillos chinos tirados por un hombre, autobuses. Es por la tarde, pronto. Ha escapado al paseo obligatorio de las chicas del pensionado.

Es un apartamento en el sur de la ciudad. El lugar es moderno, diríase que amueblado a la ligera, con muebles modern style. El hombre dice: no he elegido yo los muebles. Hay poca luz en el estudio. Ella no le pide que abra las persianas. Se encuentra sin sentimientos definidos, sin odio, también sin repugnancia, sin duda se trata ya del deseo. Lo ignora. Aceptó venir en cuanto él se lo pidió la tarde anterior. Está donde es preciso que esté, desterrada. Experimenta un ligero miedo. Diríase, en efecto, que eso debe corresponder no sólo a lo que esperaba sino también a lo que debía suceder precisamente en su caso. Está muy atenta al exterior de las cosas, a la luz, al estrépito de la ciudad en el que la habitación está inmersa. El tiembla. Al principio la mira como si esperara que hablara, pero no habla. Entonces, él tampoco se mueve, no la desnuda, dice que la ama con locura, lo dice muy quedo. Después se calla. Ella no le responde. Podría responder que no lo ama. No dice nada. De repente sabe, allí, en aquel momento, sabe que él no la conoce, que no la conocerá nunca, que no tiene los medios para conocer tanta perversidad. Ni de dar tantos y tantos rodeos para atraparla, nunca lo conseguirá. Es ella quien sabe. Sabe. A partir de su ignorancia respecto a él, de repente sabe: le gustaba ya en el transbordador. Él le gusta, el asunto sólo dependía de ella.

Le dice: preferiría que no me amara. Incluso si me ama, quisiera que actuara como acostumbra a hacerlo con las mujeres. La mira como horrorizado, le pregunta: ¿quiere? Dice que sí. Él ha empezado a sufrir ahí, en la habitación, por primera vez, ya no miente sobre esto. Le dice que ya sabe que nunca le amará. Le deja hablar. Al principio ella dice que no sabe. Luego lo deja hablar.

Dice que está solo, atrozmente solo con este amor que siente por ella. Ella le dice que también está sola. No dice con qué. Él dice: me ha seguido hasta aquí como si hubiera seguido a otro cualquiera. Ella responde que no puede saberlo, que nunca ha seguido a nadie a una habitación. Le dice que no quiere que le hable, que lo que quiere es que actúe como acostumbra a hacerlo con las mujeres que lleva a su piso. Le suplica que actúe de esta manera.

Le ha arrancado el vestido, lo tira, le ha arrancado el slip de algodón blanco y la lleva hasta la cama así desnuda. Y entonces se vuelve del otro lado de la cama y llora. Y lenta, paciente, ella lo atrae hacia sí y empieza a desnudarlo. Lo hace con los ojos cerrados, lentamente. El intenta moverse para ayudarla. Ella pide que no se mueva. Déjame. Le dice que quiere hacerlo ella. Lo hace. Le desnuda. Cuando se lo pide, el hombre desplaza su cuerpo en la cama, pero apenas, levemente, como para no despertarla.

La piel es de una suntuosa dulzura. El cuerpo. El cuerpo es delgado, sin fuerza, sin músculos, podría haber estado enfermo, estar convaleciente, es imberbe, sin otra virilidad que la del sexo, está muy débil, diríase estar a merced de un insulto, dolido. Ella no lo mira a la cara. No lo mira. Lo toca. Toca la dulzura del sexo, de la piel, acaricia el color dorado, la novedad desconocida. El gime, llora. Está inmerso en un amor abominable.

Y llorando, él lo hace. Primero hay dolor. Y después ese dolor se asimila a su vez, se transforma, lentamente arrancado, transportado hacia el goce, abrazado a ella.

El mar, informe, simplemente incomparable.

La imagen, ya en el transbordador, habría participado de esta imagen, adelantándose.

La imagen de la mujer de las medias zurcidas ha cruzado por la habitación. Al final, aparece como niña. Los hijos lo sabían ya. La hija todavía no. Nunca hablarán juntos de la madre, de ese conocimiento que poseen y que les separa de ella, de ese conocimiento decisivo, último, el de la infancia de la madre.

La madre no conoció el placer.

No sabía que se sangraba. Me pregunta si duele, digo no, dice que se siente feliz.

Seca la sangre, me lava. Le miro hacer. Insensiblemente vuelve, se vuelve otra vez deseable. Me pregunto cómo he tenido el valor de ir al encuentro de lo prohibido por mi madre. Con esa calma, esa determinación. Cómo he llegado a ir "hasta el final de la idea".

Nos miramos. Besa mi cuerpo. Me pregunta por qué he venido. Digo que debía hacerlo, que era como si se tratara de una obligación. Es la primera vez que hablábamos. Le hablo de la existencia de mis dos hermanos. Le digo que no tenemos dinero. Nada más. Conoce al hermano mayor, se lo ha encontrado en los fumaderos del puesto. Digo que ese hermano roba a mi madre para ir a fumar, que roba a los criados, y que a veces los encargados de los fumaderos van a reclamar el dinero a mi madre. Le hablo de las dificultades. Digo que mi madre se va a morir, que eso ya no puede durar. Que la muerte muy próxima de mi madre debe estar también en correlación con lo que hoy me ha sucedido.

Descubro que le deseo.

Me compadece, le digo que no, que no soy digna de compasión, que nadie lo es, salvo mi madre. Me dice: has venido porque tengo dinero. Digo que le deseo así, con su dinero, que cuando le vi ya estaba en ese coche, en ese dinero, y que no puedo pues saber qué hubiera hecho si hubiese sido de otra manera. Dice: me gustaría llevarte conmigo, que nos marcháramos. Digo que

todavía no podría dejar a mi madre sin morirme de pena. Dice que, decididamente, no ha tenido suerte conmigo, pero que al menos me dará dinero, que no tengo por qué preocuparme. Se ha tendido otra vez. Nos callamos de nuevo.

El ruido de la ciudad es intenso, en el recuerdo es el sonido de una película pero demasiado alto, que ensordece. Lo recuerdo perfectamente, en la habitación hay poca luz, no se habla, está envuelta por el estrépito continuo de la ciudad, embarcada en la ciudad, en el tren de la ciudad. En las ventanas no hay cristales, hay cortinillas y persianas. En las cortinillas se ven las sombras de la gente que circula al sol de las aceras. Esas multitudes son enormes. Las sombras están regularmente estriadas por las rendijas de las persianas. Los taconeos de los zuecos de madera golpean la cabeza, las voces son estridentes, el chino es una lengua que se grita como siempre imagino las lenguas de los desiertos, es una lengua increíblemente extraña.

Afuera el día toca a su fin, se sabe por el rumor de las voces y el ruido de los pasos cada vez más numerosos, cada vez más confusos. Es una ciudad de placer que está en pleno apogeo por la noche. Y la noche empieza ahora con la puesta del sol.

La cama está separada de la ciudad por esas persianas de rendija, esa cortinilla de algodón. Ningún material duro nos separa de la gente. Los demás ignoran nuestra existencia. Nosotros percibimos algo de las suyas, el conjunto de sus voces, de sus movimientos, como una sirena que emitiera un clamor entrecortado, triste, sin eco. Los olores de caramelo llegan a nuestra habitación, el de cacahuets tostados, el de sopa china, de carnes asadas, de hierbas, de jazmín, de ceniza, de incienso, de fuego de leña, el fuego se transporta aquí en cestos, se vende en las calles, el aroma de la ciudad es el de los pueblos del campo, de la selva.

De repente le vi en una bata negra. Estaba sentado, bebía un whisky, fumaba.

Me dijo que me había dormido, que se había duchado. Apenas sentí la llegada del sueño. Encendió una lámpara, en una mesa baja.

Es un hombre que tiene hábitos, pienso de repente respecto a él, debe venir relativamente a menudo a esta habitación, es un hombre que debe hacer mucho el amor, es un hombre que tiene miedo, debe hacer mucho el amor para luchar contra el miedo. Le digo que me gusta la idea de que tenga a muchas mujeres, de que yo esté entre esas mujeres, confundida. Nos miramos. Comprende lo que acabo de decir. La mirada alterada de repente, falsa, sorprendida en el mal, la muerte.

Le digo que se acerque, que tiene que empezar otra vez. Se acerca. Huele

bien el cigarrillo inglés, el perfume caro, huele a miel, su piel ha adquirido a la fuerza el olor de la seda, el afrutado del tesor de seda, el del oro, es deseable. Le hablo de ese deseo de él. Me dice que espere. Me habla, dice que enseguida supo, ya desde la travesía del barco, que yo sería así después de mi primer amante, que amaría el amor, dice que ya sabía que le engañaría y que también engañaría a todos los hombres con los que estaría. Dice que, en lo que a él respecta, ha sido el instrumento de su propia desdicha. Me siento feliz con todo lo que me vaticina y se lo digo. Se vuelve brutal, su sentimiento es desesperado, se arroja encima de mí, come los pechos infantiles, grita, insulta. Cierro los ojos a un placer tan intenso. Pienso: lo tiene por costumbre, eso es lo que hace en la vida, el amor, sólo eso. Las manos son expertas, maravillosas, perfectas. He tenido mucha suerte, es evidente, es como un oficio que tiene, sin saberlo tiene el saber exacto de lo que hay que hacer, de lo que hay que decir. Me trata de puta, de cochina, me dice que soy su único amor, y eso es lo que debe decir. Y eso es lo que se dice cuando se deja hacer lo que se dice, cuando se deja hacer al cuerpo y buscar y encontrar y tomar lo que él quiere, y todo es bueno, no hay desperdicios, los desperdicios se recubren, todo es arrastrado por el torrente, por la fuerza del deseo.

El ruido de la ciudad resulta tan próximo, tan cercano, que se oye su roce contra la madera de las persianas. Se oye como si atravesaran la habitación. Acaricio su cuerpo en ese ruido, en ese paso. El mar, la inmensidad que se recoge, se aleja, vuelve.

Le había pedido que lo hiciera otra vez y otra. Que me lo hiciera. Lo había hecho. Lo había hecho en la untuosidad de la sangre. Y, en efecto, había sido hasta morir. Y ha sido para morir.

Ha encendido un cigarrillo y me lo ha dado. Y muy quedo, contra mi boca, me ha hablado.

También yo, muy queda, le he hablado.

Como no sabe decirlo por sí mismo, lo digo yo en su lugar, porque no sabe que lleva en sí mismo una elegancia cardinal, lo digo yo en su lugar.

Ahora anochece. Me dice que toda mi vida recordaré esa tarde, incluso cuando haya olvidado su rostro, su nombre. Pregunto si recordaré la casa. Me dice: mírala bien. La miro. Digo que es como todas. Me dice que así es, sí, como siempre.

Aún puedo volver a ver el rostro, y recuerdo el nombre. Veo aún las paredes blanqueadas, la cortinilla de lona que da a la cocina, la otra puerta en forma de arcada que conduce a la otra habitación y a un jardín descubierto — las plantas mueren de calor— rodeado de balaustradas azules como la enorme quinta de Sadec de terrazas escalonadas que da al Mekong.

Es un lugar de desamparo, naufragado. Me pide que le diga en qué pienso. Le digo que pienso en mi madre, que me matará si se entera de la verdad. Veo que hace un esfuerzo y, después, dice, dice que comprende lo que mi madre quiere decir, dice: esa deshonra. Dice que no podría soportar la idea en caso de matrimonio. Le miro. Me mira a su vez, se excusa con orgullo. Dice: soy chino. Nos sonreímos. Le pregunto si es normal estar tan tristes como estamos. Dice que es debido a que hemos hecho el amor durante el día, en el momento álgido del calor. Dice que después siempre es terrible. Sonríe. Dice: tanto si se ama como si no se ama, siempre es terrible. Dice que pasará con la noche, tan pronto como llegue la noche. Digo que no sólo es debido a haberlo hecho durante el día, que se equivoca, que estoy inmersa en una tristeza que ya esperaba y que sólo procede de mí. Que siempre he sido triste. Que también percibo esa tristeza en las fotos en las que aparezco siendo niña. Que hoy esta tristeza, aun reconociendo que se trata de la misma que siempre he sentido, se me parece tanto que casi podría darle mi nombre. Hoy, le digo, esta tristeza es un bienestar, el de haber caído, por fin, en una desgracia que mi madre anuncia desde siempre cuando clama en el desierto de su vida. Le digo: no comprendo exactamente lo que mi madre dice, pero sé que esta habitación es lo que yo esperaba. Hablo sin esperar respuesta. Le digo que mi madre grita lo que cree como los enviados de Dios. Grita que no hay que esperar nada, nunca, ni de ninguna persona, ni de ningún Estado ni de ningún Dios. Mientras hablo, me mira, no me quita ojo, mientras hablo mira mi boca, estoy desnuda, me acaricia, quizá no escucha, no sé. Digo que no hago ninguna cuestión personal de la desgracia en la que me encuentro. Le cuento simplemente lo difícil que es comer, vestirse, en suma, vivir, tan sólo con el salario de mi madre. Cada vez me cuesta más hablar. Dice: ¿cómo os arregláis? Le digo que estábamos afuera, que la pobreza había derruido los muros familiares, que nos habíamos encontrado todos fuera de casa, haciendo cada cual lo que quería. Éramos unos desvergonzados. Por eso estoy aquí contigo. Él está encima de mí, entra otra vez. Nos quedamos así, clavados, gimiendo en el clamor de la ciudad aún exterior. Aún la oímos. Y después dejamos de oírla.

Los besos en el cuerpo hacen llorar. Diríase que consuelan. En familia no lloro. Ese día, en esa habitación, las lágrimas consuelan del pasado y también del futuro. Le digo que un día me separaré de mi madre, que llegará un día en que ni siquiera por mi madre sentiré amor. Lloro. Apoya en mí su cabeza y llora por verme llorar. Le digo que, en mi infancia, la desdicha de mi madre ha ocupado el lugar del sueño. Que el sueño era mi madre y nunca los árboles de Navidad, siempre únicamente ella, ya sea la madre despellejada viva por la pobreza o la que, en todos sus estados, clama en el desierto, ya sea la que busca el alimento o la que interminablemente cuenta lo que le ha sucedido a ella, a Marie Legrand de Roubaix, habla de su inocencia, de sus economías, de su esperanza.

A través de las persianas atardece. El estrépito ha aumentado. Es más estridente, menos sordo. Las farolas con bombillas rojizas se han encendido.

Salimos del apartamento. Me he vuelto a poner el sombrero de hombre con la cinta negra, los zapatos dorados, el rojo oscuro de los labios, el vestido de seda. He envejecido. Lo advierto de repente. Se da cuenta. Dice: estás cansada.

En la acera, el tropel avanza en todas direcciones, lento o rápido, se abre paso, está sarnoso como los perros abandonados, es ciego como los mendigos, es una multitud de China, la sigo viendo en las imágenes de la prosperidad actual, en su modo de caminar, todos juntos, sin impacientarse nunca, en su modo de hallarse en el tropel como si se hallaran a solas, diríase que sin gusto, sin tristeza, sin curiosidad, avanzando sin presentar aspecto de andar, sin intención de andar, sino solamente de avanzar aquí más que allí, solos y entre la multitud, nunca solos en sí mismos, siempre solos en la multitud.

Vamos a uno de esos restaurantes chinos en pisos, ocupan edificios enteros, son grandes como grandes almacenes, cuarteles, se abren a la ciudad a través de balcones y terrazas. El ruido que sale de esos edificios resulta inconcebible en Europa, es el de los pedidos cantados por los camareros y tomados y cantados igualmente en las cocinas. En esos restaurantes nadie habla. En las terrazas hay orquestas chinas. Vamos al piso más tranquilo, el de los europeos, los menús son los mismos pero se grita menos. Hay ventiladores y pesadas colgaduras contra el ruido.

Le pido que me diga cuán rico es su padre, y cómo. Dice que hablar de dinero le aburre, pero que si me interesa no tiene inconveniente en decirme lo que sabe acerca de la fortuna de su padre. Todo empezó en Cholen, con los compartimentos para indígenas. Hizo construir trescientos. Varias calles le pertenecen. Habla francés con acento parisino ligeramente forzado, habla de dinero con una desenvoltura sincera. El padre tenía inmuebles que vendió con intención de comprar terrenos para construir al sur de Cholen. Cree que también se vendieron los arrozales de Sadec. Le hago preguntas referentes a las epidemias. Digo que he visto calles enteras de apartamentos cortadas de la noche a la mañana, puertas y ventanas clausuradas por causa de la peste. Me dice que aquí hay menos, que las desratizaciones son más frecuentes que en la selva. De repente, me cuenta una historia sobre los compartimentos. Su precio es mucho menos elevado que el de los inmuebles o el de las viviendas individuales y responden mucho mejor que las habitaciones separadas a las necesidades de los barrios populares. A la gente aquí le gusta estar junta, sobre todo a esa población pobre, procede del campo y le gusta vivir afuera, en la calle. Y no hay que acabar con las costumbres de los pobres. Su padre, precisamente, acaba de hacer una serie de compartimentos con galerías cubiertas que dan a la calle. Eso hace las calles más vivas, más agradables. La

gente pasa el día en esas galerías exteriores. También duerme ahí cuando hace mucho calor. Le digo que también a mí me hubiera gustado vivir en una galería exterior, que cuando era niña eso se me antojaba lo ideal, estar afuera para dormir. De repente, me duele. Apenas, es muy ligero. Es el latido del corazón trasladado allí, en la herida viva y fresca que él me ha hecho, él, el que me habla, el que ha creado el placer de esta tarde. Ya no oigo lo que dice, no escucho. Se da cuenta, se calla. Le digo que siga hablando. Lo hace. Vuelvo a escucharle. Dice que piensa mucho en París. Considera que soy muy distinta de las parisinas, mucho menos amable. Le digo que este asunto de los compartimentos no debe de ser tan rentable. Ya no me responde.

Durante todo el tiempo que dure nuestra historia, durante un año y medio, hablaremos de este modo, nunca hablaremos de nosotros. Desde los primeros días, sabemos que un futuro en común no es proyectable, de modo que nunca hablaremos del futuro, mantendremos conversaciones como periodísticas, y de igual calibre.

Le digo que su estancia en Francia ha sido fatal para él. Está de acuerdo. Dice que en París lo compró todo, sus mujeres, sus conocimientos, sus ideas. Tiene doce años más que yo y eso le da miedo. Atiendo a cómo habla, a cómo se equivoca, también a cómo me ama, en una especie de teatralidad a la vez consabida y sincera.

Le digo que le presentaré a mi familia, quiere huir y me río.

No puede experimentar sus sentimientos sino a través de la parodia. Descubro que no tiene energía para amarme en contra de su padre, para cogerme y llevármeme. Con frecuencia llora porque no encuentra fuerzas para amar más allá del miedo. Su heroísmo soy yo, su servidumbre es el dinero de su padre.

Cuando hablo de mis hermanos cae de inmediato en ese miedo, está como enmascarado. Cree que todo el mundo a mi alrededor espera su petición de mano. Sabe que para mi familia está ya perdido, que para ellos lo único que puede hacer es perderse más aún y, en consecuencia, perderme a mí.

Dice que se marchó a París para estudiar en una escuela mercantil, por fin dice la verdad, que no hizo nada y que su padre le cortó los víveres, que le mandó un billete de vuelta, que se vio obligado a salir de Francia. Ese regreso es su tragedia. No ha terminado sus estudios mercantiles. Dice que calcula terminarlos aquí, en cursos por correspondencia.

Los encuentros con la familia se iniciaron con las comilonas en Cholen. Cuando mi madre y mis hermanos vienen a Saigón, le digo que hay que invitarles a los grandes restaurantes chinos que ellos desconocen, adonde nunca han ido.

Esas veladas transcurren todas del mismo modo. Mis hermanos devoran y nunca le dirigen la palabra. Tampoco le miran. No pueden mirarle. No podrían hacerlo. Si pudieran hacer eso, el esfuerzo de verle, serían capaces por otra parte de seguir los estudios, de doblegarse a las reglas elementales de la vida en sociedad. Durante esas comidas sólo habla mi madre, habla muy poco, sobre todo al principio, pronuncia alguna frase sobre el plato que sirven, sobre su exorbitante precio, y después se calla. En cuanto a él, las dos primeras veces, se lanza, intenta abordar el relato de sus hazañas en París, pero es inútil. Es como si no hubiera dicho nada, como si no le hubieran oído. Su tentativa zozobra en el silencio. Mis hermanos siguen devorando. Devoran como nunca he visto devorar a nadie en ninguna parte.

Paga. Cuenta el dinero. Lo deposita en el platillo. Todo el mundo mira. La primera vez, lo recuerdo, alinea setenta y siete piastras. Mi madre está al borde de un ataque de risa nerviosa. Nos levantamos para marcharnos. Ningún gracias, de nadie. Nunca se da las gracias por la excelente comida, ni los buenos días, ni hasta la vista, ni cómo estás, nunca se dice nada.

Mis hermanos nunca le dirigirán la palabra. Es como si no fuera visible para ellos, como si careciera de la densidad suficiente para ser percibido, visto, oído por ellos. Eso ocurre porque está rendido a mis pies, porque se da por sentado que no le amo, que estoy con él por dinero, que no puedo amarle, que es imposible, que podría soportarlo todo de mí sin llegar a hartarse de ese amor. Eso ocurre porque es chino, porque no es blanco. La manera que mi hermano mayor tiene de callar y de ignorar la existencia de mi amante procede de una convicción tal que resulta ejemplar. Frente a ese amante todos tomamos el ejemplo de mi hermano mayor. Tampoco yo, delante de ellos, le hablo. En presencia de mi familia, nunca debo dirigirle la palabra. Salvo, sí, cuando le paso un mensaje de su parte. Por ejemplo, después de cenar, cuando mis hermanos me dicen que quieren ir a beber y a bailar a la Source, soy yo quien le dice que queremos ir a beber algo y a bailar a la Source. Al principio, hace como si no hubiera oído. Y yo, yo no debo, siguiendo el método de mi hermano mayor, no debo repetir lo que acabo de decir, reiterar mi petición, si lo hiciera cometería falta, condescendería a su súplica. Acaba por responderme. En voz baja, que pretendería ser íntima, dice que le gustaría estar solo conmigo durante un momento. Lo dice para poner punto final al suplicio. Entonces, debo seguir fingiendo que le oigo mal, como una traición más, como si así quisiera él acusar el golpe, denunciar la conducta de mi hermano mayor respecto a él, por lo tanto no debo, de ningún modo, responderle. Prosigue, me dice, se atreve: vuestra madre está cansada, mírala. En efecto, después de las fabulosas cenas de los chinos de Cholen, mi madre se cae de sueño. Tampoco respondo. Es entonces cuando oigo la voz de mi hermano mayor, pronuncia una frase muy corta, mordaz, definitiva. Mi madre decía de él: de los tres, es el que mejor habla. Pronunciada la frase, mi

hermano espera.

Todo se detiene; reconozco el miedo de mi amante, es el de mi hermano menor. No resiste más. Vamos a la Source. Mi madre también va a la Source, va a dormir a la Source.

En presencia de mi hermano mayor, deja de ser mi amante. No deja de existir, pero no me es nada. Se convierte en un espacio quemado. Mi deseo obedece a mi hermano mayor, rechaza a mi amante. Cada vez que están juntos, y los veo, creo que nunca más podré soportar la visión. Mi amante es negado precisamente en su cuerpo débil, en esa debilidad que me transporta de placer. Ante mi hermano, se convierte en un escándalo inconfesable, un motivo de vergüenza que hay que esconder. No puedo luchar contra esas órdenes mudas de mi hermano. Puedo cuando se trata de mi hermano menor. Cuando se trata de mi amante nada puedo contra mí misma. El contarle ahora me hace recordar la hipocresía del rostro, el aspecto distraído de alguien que mira hacia otro lado, que tiene otra cosa en que pensar pero que, sin embargo, y se le nota en las mandíbulas apretadas, está exasperado y sufre por tener que soportar eso, esa indignidad, sólo por comer bien, en un restaurante caro, lo que debería ser normal. Alrededor del recuerdo la lívida claridad de la noche del cazador. Se oye un sonido estridente de alerta, de grito infantil.

Tampoco en la Source, nadie le habla.

Todos pedimos Martel Perrier. Mis hermanos enseguida beben el suyo y piden otro. Mi madre y yo les damos el nuestro. Mis hermanos se embriagan muy deprisa. Sin embargo, siguen sin hablarle, pero caen en la recriminación. Sobre todo el hermano menor. Se queja de que el lugar sea triste y de que no haya chicas de alterne. Entre semana hay poca gente en la Source. Bailo con mi hermano pequeño. Con mi amante también bailo. Nunca bailo con mi hermano mayor, nunca he bailado con él. Siempre cohibida por el inquietante recelo de un peligro, el de ese atractivo maléfico que ejerce sobre todos, el de la proximidad de nuestros cuerpos.

Nos parecemos hasta un extremo sorprendente, sobre todo el rostro.

El chino de Cholen me habla, está al borde de las lágrimas, dice: ¿qué le he hecho? Le digo que no hay ninguna razón para que se inquiete, que siempre es así, entre nosotros también, en todas las circunstancias de la vida.

Se lo explicaré cuando volvamos a encontrarnos en el apartamento. Le digo que esa violencia de mi hermano mayor, fría, insultante, acompaña todo lo que nos sucede, todo lo que nos pasa. Su primer impulso es el de matar, el de quitar la vida, el de disponer de la vida, el de despreciar, el de cazar, el de hacer sufrir. Le digo que no tenga miedo. Que no corre ningún riesgo.

Porque la única persona a la que teme el hermano mayor, ante la que

curiosamente se intimida soy yo.

Nunca buenos días, buenas tardes, buen año. Nunca gracias. Nunca una palabra. Nunca la necesidad de pronunciar una palabra. Todo permanece, mudo, lejano. Es una familia pétrea, petrificada en una espesura sin acceso alguno. Cada día intentamos matarnos, matar. No sólo no se habla sino que tampoco se mira. Desde el momento en que se nos ve, no se puede mirar. Mirar es tener un impulso de curiosidad hacia, sobre, es perder. Nadie que sea mirado merece ser objeto de una mirada. Siempre es deshonesto. La palabra conversación está proscrita. Creo que es esa la que mejor expresa aquí la vergüenza y el orgullo. Toda comunidad, sea familiar o de otra índole, nos resulta odiosa, degradante. Estamos unidos en una vergüenza de principio por tener que vivir la vida. Ahí es donde estamos en lo más profundo de nuestra historia común, la de ser los tres hijos de esta persona de buena fe, nuestra madre, a la que la sociedad ha asesinado. Pertenecemos a esa sociedad que ha reducido a mi madre a la desesperación.

A causa de lo que se le ha hecho a mi madre, tan amable, tan confiada, odiamos la vida, nos odiamos.

Nuestra madre no previó aquello en lo que nos hemos convertido a partir del espectáculo de su desesperación, me refiero sobre todo a los chicos, a los hijos. Pero, si lo hubiera previsto, ¿cómo hubiera podido silenciar lo que se había convertido en su propia historia? ¿Hubiera hecho mentir su rostro, su mirada, su voz, su amor? Habría podido morir. Suprimirse. Dispersar la comunidad invivible. Hacer que el mayor fuera separado de los más jóvenes. No lo hizo. Fue imprudente, fue inconsecuente, irresponsable. Era todo eso. Vivió. Los tres la quisimos más allá del amor. A causa del mismo hecho de no haber podido, de que no pudo callar, esconder, mentir, por diferentes que los tres hayamos sido, la hemos querido igual.

Fue largo. Duró siete años. Al empezar teníamos diez años. Y después tuvimos doce años. Y después, trece años. Y después, catorce años. Y después, dieciséis años, diecisiete años.

Duró todo ese tiempo, siete años. Y después, al final, se renunció a la esperanza. Se abandonó. Se abandonaron también las tentativas contra el océano. A la sombra de la veranda contemplamos la montaña de Siam, muy oscura a pleno sol, casi negra. La madre, por fin, está tranquila, aislada. Somos niños heroicos, desesperados.

El hermano menor murió en diciembre de 1942 bajo la ocupación japonesa. Me había marchado de Saigón en 1931, después de mi bachillerato superior. Me escribió una sola vez a lo largo de diez años. Sin que yo supiera nunca por qué. La carta era convencional, pasada a limpio, sin faltas, caligrafiada. Me decía que estaban bien, que la escuela funcionaba. Era una

carta larga, de dos páginas enteras. Reconocí su escritura de niño. También me decía que tenía un apartamento, un coche, decía la marca. Que había reanudado el tenis. Que estaba bien, que todo iba bien. Que me abrazaba, tal como me quería, muy fuerte. No hablaba de la guerra ni de nuestro hermano mayor.

A menudo hablo de mis hermanos como de un conjunto, como lo hacía ella, mi madre. Digo: mis hermanos, también ella, fuera de la familia, decía: mis hijos. Siempre hablaba de la fuerza de sus hijos de manera insultante. Para los de fuera de casa, no pormenorizaba, no decía que el hijo mayor era mucho más fuerte que el segundo, decía que era tan fuerte como sus hermanos, los labradores del Norte. Estaba orgullosa de la fuerza de sus hijos, como lo había estado de la de sus hermanos. Como su hijo mayor, despreciaba a los débiles. De mi amante de Cholen decía lo mismo que mi hermano mayor. No escribo las palabras que utilizaba. Eran palabras que había sacado de las carroñas que se encuentran en los desiertos. Digo: mis hermanos, porque era así cómo yo lo decía también. Después de llamarlos de otra manera, mi hermano pequeño creció y se convirtió en mártir.

En nuestra familia no sólo no se celebraba ninguna fiesta sino que tampoco había árbol de Navidad, ni ningún pañuelo bordado, ni ninguna flor, nunca. Pero tampoco ningún muerto, ninguna sepultura, ninguna memoria. Ella sola. El hermano mayor seguirá siendo un asesino. El hermano menor morirá por ese hermano. Pero yo me marché, me desarraigué. Hasta su muerte, el hermano mayor la tuvo para él solo.

En esa época, la de Cholen, la de la imagen, la del amante, mi madre tiene un ataque de locura. No sabe nada de lo que ocurrió en Cholen. Pero noto que me observa, que sospecha de cualquier cosa. Conoce a su hija, esa niña, alrededor de esa niña flota desde hace un tiempo un aire de extrañeza, una reserva, diríamos, reciente, que llama la atención, su habla es aún más lenta que de ordinario, y, tan curiosa por todo, está distraída, su mirada ha cambiado, se ha convertido en espectadora incluso de su madre, de la desdicha de su madre, diríase que asiste a su acontecer. El súbito espanto en la vida de mi madre. Su hija corre el peor peligro, el de no casarse nunca, de no establecerse nunca en la sociedad, de hallarse despojada ante ésta, perdida, solitaria. En sus crisis, mi madre se arroja encima de mí, me encierra en la habitación, me pega puñetazos, me abofetea, me desnuda, se me acerca, huele mi cuerpo, mi ropa, dice que encuentra el perfume del chino, llega más lejos, mira si encuentra manchas sospechosas en la ropa y aúlla, la ciudad entera podría oírla, que su hija es una prostituta, que va a echarla fuera de casa, que desea verla reventar y que nadie querrá saber nada más de ella, que está deshonorada, una perra vale más. Y llora preguntando qué puede hacer sino echarla fuera de casa para que no la infeste.

Detrás de las paredes de la habitación cerrada, el hermano.

El hermano contesta a la madre, le dice que tiene motivos para pegar a la niña, su voz es sigilosa, íntima, mimosa, le dice que es preciso saber la verdad, a no importa qué precio, es preciso saberla para evitar que esa chiquilla se pierda, para evitar que la madre se desespere. La madre golpea con todas sus fuerzas. El hermano pequeño grita a la madre que la deje en paz. Va al jardín, se esconde, tiene miedo de que me mate, tiene miedo, siempre tiene miedo de ese desconocido, nuestro hermano mayor. El miedo del hermano pequeño calma a mi madre. Lloro por el desastre de su vida, su hija deshonorada. Lloro con ella. Miento. Juro por mi vida que nada ha ocurrido, nada, ni un beso. ¿Cómo?, digo, ¿cómo con un chino? ¿Cómo quieres que haga eso con un chino, tan feo, tan escuchimizado? Sé que el hermano mayor está clavado en la puerta, escucha, sabe lo que hace mi madre, sabe que la pequeña está desnuda, que la golpean, le gustaría que eso durara más y más, hasta el peligro. Mi madre no ignora ese designio de mi hermano mayor, oscuro, terrorífico.

Somos aún muy pequeños. Regularmente estallan batallas entre mis hermanos, sin pretexto aparente, salvo el clásico del hermano mayor, que dice al pequeño: fuera de aquí, molestas. Dicho esto, pega. Se golpean sin una palabra, se oye sólo sus respiraciones, sus quejidos, el sordo ruido de los golpes. Mi madre como en toda ocasión acompaña la escena con una ópera de gritos.

Están dotados de idéntica facultad para la cólera, para esas cóleras ciegas, asesinas, que no se han visto en nadie salvo en los hermanos, las hermanas, las madres. El hermano mayor sufre por no ejercer libremente el mal, por no regentar el mal, no sólo aquí sino en todas partes. El hermano menor por asistir impotente a este horror, a esta predisposición del hermano mayor.

Cuando se pegaban teníamos igual miedo por la muerte de uno que por la del otro; la madre decía que siempre se estaban pegando, que nunca habían jugado juntos, que nunca habían hablado juntos. Que lo único que tenían en común era ella, su madre, y, sobre todo, esta hermanita, sólo la sangre.

Creo que sólo de su hijo mayor mi madre decía: mi hijo. A veces lo llamaba de este modo. De los otros dos, decía: los pequeños.

De todo eso nada contábamos a los de fuera de casa, ante todo habíamos aprendido a callar lo esencial de nuestra vida, la miseria. Y después, también todo lo demás. Los primeros confidentes, la palabra parece excesiva, son nuestros amantes, nuestros conocidos fuera del puesto, en las calles de Saigón al principio y, luego, en los paquebotes de línea, los trenes, y luego en todas partes.

Mi madre, eso le da de repente, hacia última hora de la tarde, sobre todo durante las estaciones de sequía, hace lavar la casa de arriba abajo, para limpiar, dice, para sanear, para refrescar. La casa está construida en un terraplén que la aísla del jardín, de las serpientes, de los escorpiones, de las hormigas rojas, de las inundaciones del Mekong, de las que siguen a los grandes tornados del monzón. Esta elevación de la casa sobre el suelo permite lavarla con grandes cubos de agua, regarla por entero como un huerto. Todas las sillas están encima de la mesa, toda la casa chorrea, el piano del saloncito tiene las patas en el agua. El agua desciende por las escalinatas, invade el patio hacia las cocinas. Los criados jovencitos se sienten felices, estamos todos juntos, con ellos, se riega, y después el suelo se enjabona con jabón de Marsella. Todo el mundo va descalzo, la madre también. La madre ríe. La madre no tiene nada que decir en contra de nada.

La casa entera huele, despidiendo el olor delicioso de la tierra mojada después de la tormenta, es un olor que enloquece de alegría, sobre todo cuando va unido a otro olor, al del jabón de Marsella, el de la pureza, el de la honestidad, el de la ropa blanca, el de la blancura, el de nuestra madre, de la inmensidad del candor de nuestra madre. El agua desciende hasta las avenidas. Vienen las familias de los criados, las visitas de los criados también, los niños blancos de las casas vecinas. La madre está feliz con ese desorden. A veces la madre puede ser muy feliz, el tiempo del olvido, el de lavar la casa puede resultar conveniente para la dicha de la madre. La madre va al salón, se sienta al piano, toca las melodías que sabe de memoria, que aprendió en la Normal. Canta. A veces toca, ríe. Se levanta y baila sin dejar de cantar. Y cada cual piensa, y ella, la madre, también, que se puede ser feliz en esta casa desfigurada que de repente se convierte en un estanque, un campo a orillas de un río, un vado, una playa.

Son los dos más pequeños, la hijita y el hermano menor, los primeros en acordarse. De repente, dejan de reír y se dirigen hacia el jardín donde cae la tarde.

Recuerdo, en el instante mismo en que escribo, que nuestro hermano mayor no se hallaba en Vinhlong cuando la casa se lavaba a fondo. Estaba en casa de nuestro tutor, un cura de pueblo, en el Lot-et-Garonne.

El, a veces, también reía, pero nunca tanto como nosotros. Me olvido de todo, me olvido de decir eso, que mi hermano menor y yo éramos niños reidores, reidores hasta perder el aliento, la vida.

Veo la guerra bajo los mismos colores que mi infancia. Confundo el tiempo de la guerra con el reinado de mi hermano mayor. Se debe sin duda al hecho de que fue durante la guerra cuando murió mi hermano pequeño: el corazón, como ya he dicho, cedió, abandonó. Al hermano mayor, en realidad, creo no

haberle visto durante la guerra. Ya no me importaba saber si estaba vivo o muerto. Veo la guerra como él era, propagarse por todas partes, penetrar por todas partes, robar, encarcelar, estar por todas partes, unida a todo, mezclada, presente en el cuerpo, en el pensamiento, en la vigilia, en el sueño, siempre, presa de la pasión embriagadora de ocupar el territorio adorable del cuerpo del niño, el cuerpo de los menos fuertes, de los pueblos vencidos, porque el mal está ahí, a las puertas, contra la piel.

Volvemos al apartamento. Somos amantes. No podemos dejar de amarnos.

A veces no regreso al pensionado, duermo a su lado. No quiero dormir en sus brazos, en su calor, pero duermo en la misma habitación, en la misma cama. A veces falto al instituto. Por la noche vamos a cenar a la ciudad. Me ducha, me lava, me enjuaga, adora, me maquilla y me viste, me adora. Soy la preferida de su vida. Vive en el temor de que encuentre a otro hombre. Nunca temo algo parecido. También experimenta otro temor, no por el hecho de que sea blanca sino porque soy tan joven, tan joven que si nuestra historia se descubriera él podría ir a la cárcel. Me propone seguir mintiendo a mi madre y sobre todo a mi hermano mayor, no decir nada a nadie. Sigo mintiendo. Me río de su miedo. Le digo que somos demasiado pobres para que mi madre pueda entablar un proceso, que, por otra parte, todos los procesos que ha entablado los ha perdido, los entablados contra el catastro, contra los administradores, contra los directores, contra la ley, no sabe llevarlos a cabo, conservar la calma, esperar, seguir esperando, no puede, grita y arruina sus oportunidades. Con esto sucedería lo mismo, no vale la pena tener miedo.

Marie-Claude Carpenter. Era americana, era, creo recordar, de Boston. Los ojos eran muy claros, de un gris azulado. 1943. Marie-Claude Carpenter era rubia. Apenas marchita. Más bien hermosa, creo. Con una sonrisa ligeramente breve que se cerraba muy deprisa, desaparecía como un relámpago. Con una voz que de repente vuelvo a oír, baja, un poco discordante en los agudos. Tenía cuarenta y cinco años, ya la edad, la edad misma. Vivía en el sexto, cerca de Alma. El apartamento era el último y vasto piso de un edificio que daría al Sena. Se iba a cenar a su casa en invierno. O a almorzar en verano. Las comidas se encargaban a los mejores establecimientos especializados de París. Siempre decentes, casi, a penas, insuficientes. Siempre la vi en su casa, nunca fuera. Había, a veces, un mallarmeano. Había también, con frecuencia, dos o tres literatos, iban una vez y no se les volvía a ver. Nunca supe dónde los encontraba, o dónde los había conocido ni por qué los invitaba. Nunca he oído hablar de ninguno de ellos ni nunca he leído ni he oído hablar de sus obras. Las comidas duraban poco. Se hablaba mucho de la guerra, Stalingrado, al final del invierno del 42. Marie-Claude Carpenter escuchaba mucho, se informaba mucho, hablaba poco, a menudo se extrañaba de que se le escapasen tantos acontecimientos, reía. Muy deprisa al final de las comidas se

excusaba por tener que marcharse tan rápidamente pero tenía que hacer, decía. Jamás decía qué. Cuando éramos muchos permanecíamos allí una o dos horas más después de su partida. Nos decía: quédense el tiempo que deseen. En su ausencia, nadie hablaba de ella. Por otra parte, creo que nadie hubiera sido capaz de hacerlo porque nadie la conocía. Nos marchábamos, regresábamos siempre con la sensación de haber atravesado una especie de pesadilla blanca, de regresar de haber pasado unas horas en casa de desconocidos, en presencia de invitados que estaban en el mismo caso, e igualmente desconocidos, de haber vivido un instante sin mañana alguno, sin motivación alguna ni humana ni de otra índole. Era como haber atravesado una tercera frontera, haber hecho un viaje en tren, haber esperado en las salas de espera de médicos, en hoteles, en aeropuertos. En verano se comía en una gran terraza que miraba al Sena y se tomaba el café en el jardín que ocupaba todo el tejado del edificio. Había una piscina. Nadie se bañaba. Contemplábamos París. Las avenidas vacías, el río, las calles. En las calles vacías, las catalpas en flor. Marie-Claude Carpenter. La observaba mucho, casi todo el tiempo, a ella le molestaba pero yo no podía evitarlo. La observaba para descubrir, descubrir quién era, Marie-Claude Carpenter. ¿Por qué estaba allí y no en otra parte, por qué era de un lugar tan lejano, de Boston, por qué era rica, por qué no se sabía absolutamente nada de ella, nadie, nada, por qué esas reuniones como forzadas, por qué, por qué en sus ojos, muy lejos dentro, al fondo de la mirada, esa partícula de muerte, por qué? Marie-Claude Carpenter. Por qué todos sus vestidos tenían un no sé qué que escapaba, que hacía que no fueran del todo suyos, que igual hubieran podido cubrir otro cuerpo. Vestidos neutros, estrictos, muy claros, blancos como el verano en mitad del invierno.

Betty Fernández. El recuerdo de los hombres nunca surge con esa deslumbrante luminosidad que acompaña al de las mujeres. Betty Fernández. Extranjera también. En cuanto se pronuncia el nombre, aquí está, camina por una calle de París, es miope, ve muy poco. Frunce los ojos para acabar de reconocer, saluda con una mano liviana. Buenos días, ¿todo bien? Ahora muerta desde hace mucho tiempo. Desde hace treinta años quizá. Recuerdo su gracia, ahora es demasiado tarde para olvidarla, nada alcanza aún la perfección, nada alcanzará la perfección, ni las circunstancias, ni la época, ni el frío, ni el hambre, ni la derrota alemana, ni la evidencia del Crimen. Ella siempre cruza la calle por encima de la Historia de esas cosas, por terribles que sean. Aquí los ojos también son claros. El vestido rosa es viejo, y polvorienta la capelina negra al sol de la calle. Es delgada, alta, perfilada en tinta china, un grabado. La gente se detiene y contempla maravillada la elegancia de esta extranjera que pasa sin ver. Majestuosa. De entrada nunca se sabe de dónde procede y luego uno se dice que sólo puede proceder de otra parte, de allá. Es hermosa, hermosa de esta incidencia. Va vestida con viejos pingos de Europa, con restos de brocados, con viejos trajes pasados de moda,

con viejas cortinas, con viejas ruinas, con viejos retales, con viejos andrajos de alta costura, con viejos zorros apolillados, con viejas nutrias, su belleza es así, desgarrada, trémula, sollozante, y de exilio, nada le sienta bien, todo es demasiado grande para ella, y es hermoso, flota, demasiado delgada, no casa con nada, y sin embargo es hermoso. Está hecha así, su cabeza y su cuerpo, cualquier cosa que la toca participa en el acto, indefectiblemente, de esta hermosura.

Ella, Betty Fernández, recibía, tenía un "día". Allí fuimos alguna vez. En una ocasión estaba Drieu la Rochelle. Padecía visiblemente de orgullo, hablaba poco para no condescender, con una voz forzada, en una lengua como traducida, penosa. Quizá también estuviera Brasillach pero no lo recuerdo, lo lamento. Sartre nunca estaba. Había poetas de Montparnasse pero ya no recuerdo ningún nombre, nada. No había alemanes. No se hablaba de política. Se hablaba de literatura. Ramón Fernández hablaba de Balzac. Le habríamos escuchado hasta el final de las noches. Hablaba con un saber casi olvidado por completo del que no debía quedar casi nada verificable. Daba pocos datos, más bien opiniones. Hablaba de Balzac como hubiera podido hacerlo de sí mismo, como si alguna vez hubiera intentado ser eso, Balzac. Ramón Fernández poseía una cortesía sublime incluso en la cultura, una manera esencial y a la vez transparente de servirse del conocimiento sin nunca hacer sentir su obligación, su peso. Era una persona sincera. Encontrarle por la calle, en un café, siempre era una fiesta, se sentía feliz de verte, y era verdad, le saludaba a uno con placer. Buenos días ¿todo bien? Así, a la inglesa, sin coma, riendo y mientras duraba esa risa la broma se convertía en la guerra misma, al igual que todo el sufrimiento necesario que se derivaba de ella, tanto la Resistencia como el Colaboracionismo, tanto el hambre como el frío, tanto el martirio como la infamia. Betty Fernández sólo hablaba de la gente, de quienes veía por la calle o de quienes conocía, de cómo iban, de cosas que quedan por vender en los escaparates, de los repartos de los excedentes de leche, de pescado, de tranquilizadoras soluciones a las escaseces, al frío, al hambre constante, siempre estaba en los detalles prácticos de la existencia, se limitaba a eso, siempre con una atenta amistad, muy fiel y muy tierna. Colaboracionistas, los Fernández. Y yo, dos años después de la guerra, miembro del P.C.F. La equivalencia es absoluta, definitiva. Es lo mismo, la misma piedad, la misma llamada de socorro, la misma debilidad de juicio, la misma superstición, digamos, que consiste en creer en la solución política del problema personal. También ella, Betty Fernández, contemplaba las calles vacías de la ocupación alemana, contemplaba París, las plazas de las catalpas en flor como esa otra mujer, Marie-Claude Carpenter. También tenía sus días de recepción.

La acompaña al pensionado en la limusina negra. Se detiene un poco antes de llegar al pensionado para que no le vean. Es de noche. Ella se apea, corre,

no se vuelve hacia él. En cuanto cruza el portal ve que el gran patio de recreo aún está iluminado. En cuanto llega al pasillo la ve, estaba esperándola, ya inquieta, en pie, sin sonreír. Le pregunta: ¿dónde estabas? Dice: no regresé a dormir. No dice por qué y Hélène Lagonelle no se lo pregunta. Le quita el sombrero rosa y le deshace las trenzas para dormir. Tampoco has ido al instituto. Tampoco. Hélène dice que han telefoneado, por eso lo sabe, tiene que ir a ver a la inspectora general. Hay muchas chicas en la sombra del patio. Todas de blanco. Hay grandes focos en los árboles. Algunas salas de estudio aún están iluminadas. Hay alumnas que todavía trabajan, otras que se quedan en las aulas para charlar, o para jugar a cartas, o para cantar. No hay un horario para que las alumnas se acuesten, hace tanto calor durante el día que dejan correr la tarde un poco como cada cual quiere, como las jóvenes vigilantas quieran. Somos las únicas blancas de la pensión estatal. Hay muchas mestizas, la mayoría ha sido abandonada por su padre, soldado o marino o pequeño funcionario de las aduanas, de los puestos, de servicios públicos. La mayoría procede de la Asistencia pública. También hay algunas cuarteronas. Hélène Lagonelle cree que el gobierno francés las educa para convertirlas en enfermeras de los hospitales, o en vigilantas de los orfanatos, las leproserías, los hospitales psiquiátricos. Hélène Lagonelle cree que también las mandan a los lazaretos de coléricos y de apestados. Es lo que Hélène Lagonelle cree y llora porque no quiere ninguno de esos destinos, habla siempre de escaparse del internado.

Voy a ver a la vigilanta de servicio, también ella es una joven mestiza que nos observa mucho a Hélène y a mí. Dice: no has ido al instituto ni has dormido aquí esta noche, tendremos que avisar a tu madre. Le digo que no he tenido más remedio pero que a partir de ahora, en lo sucesivo, intentaré regresar cada noche a dormir en el internado, que no vale la pena avisar a mi madre. La joven vigilanta me mira y me sonríe.

Reincidiré. Avisarán a mi madre. Vendrá a ver a la directora del pensionado y le pedirá que por las noches me deje libre, que no controle las horas a las que regreso, que no me obligue a ir de paseo con las pensionistas los domingos. Dice: es una niña que siempre ha sido libre, sin eso se escaparía, ni yo misma, su madre, puedo hacer nada contra eso, si quiero conservarla debo dejarla libre. La directora aceptó porque soy blanca y porque, para la reputación del pensionado, necesita algunas blancas entre la masa de mestizas. Mi madre también dijo que yo estando libre trabajaba bien en el instituto y que lo que le había sucedido con sus hijos era tan terrible, tan grave, que los estudios de la pequeña eran la única esperanza que le quedaba.

La directora me dejó vivir en el pensionado como en un hotel.

Pronto tendré un diamante en el dedo de pedida. Entonces las vigilantas dejarán de hacerme observaciones. Sospecharán que no estoy prometida, pero

el diamante es muy caro, nadie dudará de su autenticidad y nadie tendrá ya nada que decir debido al precio del diamante que le han regalado a la chiquilla.

Vuelvo junto a Hélène Lagonelle. Está tendida en un banco y llora porque cree que voy a dejar el pensionado. Me siento en el banco. Estoy extenuada por la belleza del cuerpo de Hélène Lagonelle tendido contra el mío. Ese cuerpo es sublime, libre bajo el vestido, al alcance de la mano. Los senos son como jamás los he visto. Nunca los he tocado. Hélène Lagonelle es impúdica, no se da cuenta, se pasea completamente desnuda por los dormitorios. Entre las cosas más bellas creadas por Dios, está ese cuerpo de Hélène Lagonelle, incomparable, ese equilibrio entre la estatura y la manera en que el cuerpo sostiene los senos, fuera de él, como algo aparte. Nada más extraordinario que esa redondez exterior de los senos sostenidos, esa exterioridad dirigida hacia las manos. Incluso el cuerpo de pequeño culí de mi hermano menor se eclipsaba frente a ese esplendor. Los cuerpos masculinos tienen formas avaras, recludas. Tampoco se echan a perder como las de Hélène Lagonelle que quizá sólo duren un verano, calculando largo, nada más. Hélène Lagonelle procede de las altiplanicies de Dalat. Su padre es funcionario del puesto. Llegó hace poco tiempo, en pleno curso escolar. Tiene miedo, se te pone al lado, se queda ahí sin decir nada, llorando con frecuencia. Tiene la tez rosada y morena de la montaña, destaca, aquí, donde todas las niñas poseen la palidez verdosa de la anemia, del calor tórrido. Hélène Lagonelle no va al instituto. Hélène Lagonelle no sabe ir a la escuela. No aprende, no retiene. Asiste a los cursos primarios del pensionado pero eso no sirve para nada. Lloro contra mi cuerpo, y acaricio sus cabellos, sus manos, le digo que me quedaré con ella en el pensionado. Ignora que Hélène Lagonelle es hermosa. Sus padres no saben qué hacer con ella, intentan casarla. Lo más deprisa posible. Hélène Lagonelle encontraría todos los novios que quisiera, pero no los desea, no desea casarse, desea volver con su madre. Ella. Hélène L. Hélène Lagonelle. Al final hará lo que su madre quiera. Es mucho más hermosa que yo, que la del sombrero de clown, calzada de lamé, infinitamente más casable, Hélène Lagonelle, Hélène, pueden casarla, instalarla en la conyugalidad, asustarla, explicarle lo que le da miedo y no comprende, ordenarle esperar ahí, esperar.

Hélène Lagonelle, ella, Hélène, todavía no sabe lo que yo sé. Sin embargo, ella, Hélène, tiene diecisiete años. Como si lo adivinara, nunca sabrá lo que yo sé.

El cuerpo de Hélène Lagonelle es torpe, aún inocente, qué dulzura la de su piel, como la de ciertos frutos, está a punto de no ser percibida, un poco ilusoria, es demasiado. Hélène Lagonelle inspira deseos de matarla, incita al maravilloso sueño de matarla con sus propias manos. Lleva sus formas de flor de harina sin ninguna sabiduría, las exhibe para que sean amasadas por las

manos, para que la boca las coma, sin retenerlas, sin conocerlas, sin conocer tampoco su fabuloso poder. Me gustaría comer los senos de Hélène Lagonelle como él come mis senos en la habitación de la ciudad china donde cada tarde voy a profundizar en el conocimiento de Dios. Ser devorada por esos senos de flor de harina que son los suyos.

Mi deseo de Hélène Lagonelle me extenua.

Mi deseo me extenua.

Quiero llevarme a Hélène Lagonelle, allí donde cada tarde, con los ojos entrecerrados, me hago dar el placer que hace gritar. Me gustaría entregar Hélène Lagonelle a ese hombre que hace eso encima de mí para que, a su vez, lo haga encima de ella. En mi presencia, que ella lo haga según mis deseos, que se entregue allí donde yo me entrego. El rodeo del cuerpo de Hélène Lagonelle, la travesía de su cuerpo, es el medio por el que alcanzaría el placer de él, entonces definitivo.

Para morir.

La veo como participando de la misma carne que ese hombre de Cholen pero en un presente irradiante, solar, inocente, en una eclosión repetida de sí misma, en cada gesto, en cada lágrima, en cada uno de sus fallos, en cada una de sus ignorancias. Hélène Lagonelle, ella es la mujer de ese siervo que me proporciona el goce tan abstracto, tan intenso, ese hombre sombrío de Cholen, de China. Hélène Lagonelle es de China.

No he olvidado a Hélène Lagonelle. No he olvidado a ese siervo. Cuando me marché, cuando le dejé, estuve dos años sin acercarme a ningún otro hombre. Pero esa misteriosa fidelidad debía de ser a mí misma.

Sigo estando en esta familia, es ahí donde habito con exclusión de cualquier otro lugar. En su aridez, en su terrible dureza, en su malignidad siento la más profunda seguridad en mí misma, en lo más profundo de mi esencial certidumbre, sé que más tarde escribiré.

Ese es el lugar donde agarrarme más tarde, una vez ido el presente, con exclusión de cualquier otro lugar. Las horas que paso en el apartamento de Cholen hacen aparecer ese lugar envuelto en una luz fresca, nueva. Es un lugar irrespirable, rayana la muerte, un lugar de violencia, de dolor, de desesperación, de deshonra. Y tal es el lugar de Cholen. Al otro lado del río. Una vez cruzado el río.

No he sabido qué fue de Hélène Lagonelle, si murió. Fue ella la primera en dejar el pensionado, mucho antes de mi viaje a Francia. Regresó a Dalat. Su madre le pidió que volviera a Dalat. Creo recordar que para casarla, que debía encontrar un novato llegando de la metrópoli. Quizá me equivoque, quizá

confunda lo que creía que le sucedería a Hélène Lagonelle con esa partida obligada, reclamada por su madre.

Diré también lo que era, cómo era. Es así: roba a los criados para ir a fumar opio. Roba a nuestra madre. Registra los armarios. Roba. Juega. Antes de morir mi padre había comprado una casa en Entre-deux-Mers. Era nuestra única posesión. Juega. Mi madre la vende para pagar las deudas. No es suficiente, nunca es suficiente. Joven, intenta venderme a los clientes de la Coupole. Es por él por quien mi madre quiere seguir viviendo, para que siga comiendo, para que duerma abrigado, para que siga oyendo pronunciar su nombre. Y la propiedad que le compró cerca de Amboise, diez años de ahorros. Hipotecada en una noche. Ella pagó los intereses. Y todo el fruto de la tala de árboles que ya he mencionado. En una noche. Robó a mi madre moribunda. Se trataba de alguien que registraba armarios, que tenía buen olfato, que sabía buscar bien, descubrir las buenas pilas de sábanas, los escondrijos. Robó las alianzas, cosas así, mucho, las joyas, el sustento. Robó a Dô, a los criados, a mi hermano menor. A mí, mucho. La hubiera vendido a ella, a su madre. Cuando muere la madre hace venir al notario, enseguida, en mitad del trastorno de la muerte. Sabe aprovecharse del trastorno de la muerte. El notario dice que el testamento no es válido. Que la madre ha favorecido demasiado al hijo mayor a mis expensas. La diferencia es enorme, risible. Es preciso que yo acepte o renuncie con pleno conocimiento de causa. Certifico que acepto: firmo. He aceptado. Mi hermano, con los ojos bajos, gracias. Lloro. En medio del trastorno de la muerte de mi madre. Es sincero. Durante la liberación de París, perseguido sin duda por actos de colaboracionismo en el Sur, no sabe adónde ir. Viene a mi casa. Nunca lo he sabido muy bien, huye de un peligro. Quizás entregara a gente, judíos, todo es posible. Es muy dulce, afectuoso como siempre después de sus asesinatos o cuando necesita de tus servicios. Mi marido ha sido deportado. Se compadece. Se queda tres días. Lo he olvidado, cuando salgo no cierro nada. Registra. Guardo el azúcar y el arroz de mis cupones para cuando mi marido regrese. Registra y coge. Sigue registrando un armario pequeño, en mi habitación. Encuentra. Coge todos mis ahorros, cincuenta mil francos. No deja ni un solo billete. Deja el apartamento con sus hurtos. Cuando vuelva a verle no le hablaré del asunto, para él la vergüenza es tan grande que no podré hacerlo. Después del falso testamento, el falso castillo Luis XIV fue vendido por un mendrugo de pan. La venta estuvo trucada, como el testamento.

Después de la muerte de mi madre está solo. No tiene amigos, nunca tuvo amigos, a veces tuvo mujeres a las que hacía "trabajar" en Montparnasse, a veces mujeres a las que no hacía trabajar, al menos al principio, a veces hombres pero que le pagaban, ellos. Vivía en una gran soledad. Eso aumentó con la vejez. Era simplemente un golfo, sus causas eran pobres. Creó el miedo a su alrededor, no más allá. Con nosotros perdió su verdadero imperio. No era

un gángster, era un golfo de familia, un registrador de armarios, un asesino sin armas. No se arriesgaba. Los golfos viven como él vivía, sin solidaridad, sin grandeza, en el miedo. Tenía miedo. Después de la muerte de mi madre llevó una existencia extraña. En Tours. Sólo conoce a los camareros para los "soplos" de las carreras y a la clientela vinosa de los pockers de trastienda. Empieza a parecérseles, bebe mucho, se le han pegado los ojos inyectados, la boca torva. En Tours ya no le queda nada. Liquidadas las dos propiedades, nada. Durante un año vive en un guardamuebles alquilado por mi madre. Durante un año duerme en un sillón. Consienten en dejarle entrar. Quedarse allí un año. Y luego lo echan a la calle.

Durante un año debió esperar rescatar su propiedad hipotecada. Se ha jugado los muebles de mi madre, uno a uno, los del guardamuebles, los budas de bronce, los objetos de cobre, y luego las camas y luego los armarios y luego las sábanas. Y luego un día no le queda nada, eso le ocurre, un día tiene el traje que lleva puesto, nada más, ni una sábana, ni un cubierto. Está solo. En un año nadie le ha abierto su puerta. Escribe a sus primos de París. Tendrá una habitación de servicio en Malesherbes. Y con más de cincuenta años tendrá su primer empleo, el primer sueldo de su vida, es ordenanza en una compañía de seguros marítimos. Duró, creo, quince años. Fue al hospital. No murió allí. Murió en su habitación.

Mi madre nunca habló de ese hijo. Nunca se quejó. Nunca habló del registrador de armarios a nadie. Esta maternidad fue como un delito. La mantenía oculta. Debía de considerarla ininteligible, incomunicable a cualquiera que no conociera a su hijo como ella lo conocía, ante Dios y solamente ante El. Decía de él trivialidades insignificantes, siempre las mismas. Que si hubiera querido habría sido el más inteligente de los tres. El más "artista". El más fino. Y también el que más había querido a su madre. El que, en definitiva, la había comprendido mejor. No sabía, decía, que podía esperarse eso de un hijo, tal intuición, una ternura tan profunda.

Volvimos a vernos una vez, me habló del hermano menor, muerto. Dijo: "Qué horror esa muerte, es abominable, nuestro hermano pequeño, nuestro pequeño Paulo".

Queda una imagen de nuestro parentesco: es una comida, en Sadec. Los tres comemos en la mesa del comedor. Ellos tienen diecisiete y dieciocho años. Mi madre no está con nosotros. Él mira cómo mi hermano menor y yo comemos, y luego deja el tenedor, sólo mira a mi hermano menor. Le mira muy largamente y luego le dice de repente, muy calmadamente, algo terrible. La frase se refiere a la comida. Le dice que debe ir con cuidado, que no debe comer tanto. El hermano menor no contesta. El otro sigue. Le recuerda que los trozos grandes de carne son para él, que no debe olvidarlo. Si no, dice. Pregunto: ¿por qué para ti? Dice: porque es así. Digo: ojalá te mueras. No

puedo seguir comiendo. El hermano menor tampoco. Él espera a que el hermano menor se atreva a pronunciar palabra, una sola palabra, sus puños cerrados están prestos encima de la mesa para destrozarle la cara. El hermano menor no dice nada. Está muy pálido. Entre sus pestañas, el inicio del llanto.

Cuando muere es un día triste. De primavera, creo, de abril. Me telefonean. Nada, no me dicen nada más. Lo han encontrado muerto, en el suelo, en su habitación. La muerte llevaba ventaja sobre el final de su historia. En vida ya estaba acabado, era demasiado tarde para que muriera, era un hecho desde la muerte del hermano pequeño. Las palabras subyugantes: todo está consumado.

Ella pidió que los enterraran juntos. Ya no sé dónde, en qué cementerio, sé que en el Loira. Están los dos en la tumba, sólo los dos. Es justo. La imagen es de un esplendor intolerable.

El crepúsculo caía a la misma hora durante todo el año. Era muy corto, casi brutal. Durante la estación de las lluvias, durante semanas, el cielo no se veía, estaba cubierto por una niebla uniforme que ni siquiera la luz de la luna atravesaba. Durante las estaciones secas por el contrario el cielo estaba desnudo, despejado en su totalidad, crudo. Incluso las noches sin luna eran luminosas. Y las sombras se dibujaban por igual en los suelos, en las aguas, en los caminos, en los muros.

Recuerdo mal los días. La luminosidad solar empañaba los colores, aplastaba. De las noches me acuerdo. El azul estaba más lejos que el cielo, estaba detrás de todas las densidades, recubría el fondo del mundo. El cielo, para mí, era esa estela de pura brillantez que atraviesa el azul, esa fusión fría más allá de cualquier color. A veces, en Vinhlong, cuando mi madre estaba triste, hacía enganchar el túburi e íbamos al campo a ver la noche de la estación seca. Tuve esa suerte, la de esas noches, la de esa madre. La luz caía del cielo en cataratas de pura transparencia, en trombas de silencio y de quietud. El aire era azul, se cogía con la mano. Azul. El cielo era esa palpitación continua de la brillantez de la luz. La noche lo iluminaba todo, todo el campo a cada orilla del río hasta donde alcanzaba la vista. Cada noche era particular, cada una podía denominarse según el tiempo de su duración. El sonido de las noches era el de los perros del campo. Aullaban al misterio. Se contestaban de pueblo a pueblo hasta la total consumación del espacio y del tiempo de la noche.

En las avenidas del patio las sombras de los manzanos caneleros son de tinta china. El jardín está totalmente petrificado en una inmovilidad de mármol. La casa igual, monumental, fúnebre. Y mi hermano menor que caminaba a mi lado y que ahora mira con insistencia hacia el pórtico abierto a la avenida desierta.

Un día no está delante del instituto. El chófer está solo en el coche negro.

Me dice que el padre está enfermo, que su joven señor ha regresado a Sadec. Que él, el chófer, ha recibido órdenes de quedarse en Saigón para llevarme al instituto y acompañarme al pensionado. El joven señor regresó al cabo de unos días. De nuevo estaba en la parte trasera del coche negro, el rostro vuelto para no ver las miradas, siempre con el miedo. Nos besamos, sin pronunciar palabra, abrazados, ahí, hemos olvidado, delante del instituto, abrazados. En el beso lloraba. El padre seguiría viviendo. Su última esperanza se desvanecía. Se lo había pedido. Le había suplicado que le dejara retenerme con él contra su cuerpo, le había dicho que debía comprenderle, que también él debía haber vivido al menos una vez una pasión como ésa en el transcurso de su larga vida, que era imposible que hubiera sido de otro modo, le había rogado que le permitiera vivir, a su vez, una vez, una pasión semejante, esa locura, ese amor loco de la chiquilla blanca, le había pedido que le dejara el tiempo de seguir amándola antes de volver a mandarlo a Francia, de dejársela aún, aún un año quizá, porque no le era posible dejar ya ese amor, era demasiado nuevo, demasiado fuerte todavía, todavía demasiado en su violencia naciente, que todavía era demasiado terrible separarse de su cuerpo, y más teniendo en cuenta, el padre lo sabía perfectamente, que eso nunca más volvería a producirse.

El padre le había repetido que prefería verlo muerto.

Nos bañamos juntos con el agua fresca de las tinajas, nos besamos, lloramos y volvió a ser algo para morir, pero esta vez, ya, de un inconsolable goce. Y después le dije. Le dije que no había que arrepentirse de nada, le recordé lo que había dicho, que me iría de todas partes, que no podía decidir mi conducta. Dijo que incluso eso le daba igual en lo sucesivo, que todo se había desbordado. Entonces le dije que yo era de la misma opinión que su padre. Que me negaba a seguir con él. No aduje razones.

Es una de las largas avenidas de Vinhlong que termina en el Mekong. Es una avenida siempre desierta por la noche. Esa noche, como casi cada noche, hay una avería eléctrica. Todo empieza ahí. En cuanto llego a la avenida, el portal cerrado a mis espaldas, sobreviene de inmediato la avería de la luz. Corro. Corro porque tengo miedo de la oscuridad. Corro cada vez más deprisa. Y de repente creo oír otra carrera detrás de mí. Y de repente tengo la seguridad de que alguien corre tras mis pasos, detrás de mí. Sin dejar de correr me vuelvo y miro. Es una mujer muy alta, muy flaca, flaca como la muerte y que ríe y que corre. Va descalza, corre detrás de mí para alcanzarme. La reconozco, es la loca del puesto, la loca de Vinhlong. La oigo por primera vez, habla por la noche, duerme de día, y a veces ahí, en esta avenida, delante del jardín. Corre gritando en una lengua que no conozco. El miedo es tal que no puedo gritar. Debo de tener ocho años. Oigo su risa aulladora y sus gritos de alegría, seguro que se divierte conmigo. El recuerdo es de un miedo central.

Decir que ese miedo supera mi entendimiento, mi fuerza, es poco decir. Lo más aproximado es el recuerdo de la certeza de saber a ciencia cierta que si la mujer me toca, aunque ligeramente, con la mano, pasaré a mi vez a un estado mucho peor que el de la muerte, el estado de la locura. Llegué al jardín de los vecinos, la casa, subí las escaleras y me desplomé en la entrada. Después estoy muchos días sin poder contar nada de lo que me ha sucedido.

Tarde en mi vida sigo con el miedo de ver agravarse un estado de mi madre —sigo sin dar nombre a ese estado— que la pondría en situación de ser separada de sus hijos. Creo que me corresponderá a mí saber lo que ocurrirá llegado el día, no a mis hermanos, porque mis hermanos no sabrán calibrar ese estado.

Era unos meses antes de nuestra separación definitiva, era en Saigón, tarde por la noche, estábamos en la gran terraza de la casa de la Rue Testard. Estaba Dô. Miré a mi madre. La reconocí mal. Y luego, en una especie de desvanecimiento repentino, de caída, brutalmente dejé de reconocerla del todo. Hubo de pronto, allí, cerca de mí, una persona sentada en el lugar de mi madre, no era mi madre, tenía su aspecto, pero jamás había sido mi madre. Tenía un aire ligeramente alelado, miraba hacia el parque, determinado lugar del parque, acechaba al parecer la inminencia de un acontecimiento del que yo nada sospechaba. Había en ella juventud en los rasgos, en la mirada, una felicidad que reprimía debido a un pudor que por costumbre había hecho suyo. Era hermosa. Dô estaba a su lado. Dô parecía no haberse percatado de nada. El terror no provenía de lo que digo de ella, de sus rasgos, de su aspecto de felicidad, de su belleza, provenía de que estuviera sentada allí donde estaba sentada mi madre en el instante en que se produjo la sustitución, de que yo sabía que nadie más que ella estaba allí en su lugar, pero de que precisamente esta identidad que no podía ser reemplazada por ninguna otra había desaparecido y de que yo no disponía de medio alguno para hacer que ella volviera, que empezara a volver. Nada ya se proponía para habitar la imagen. Me volví loca en plena razón. El tiempo de gritar. Grité. Un grito débil, una llamada de auxilio para que se rompiera aquel espejo en el que permanecía mortalmente fija toda la escena. Mi madre se volvió.

Con esa mendiga de la avenida poblé toda la ciudad. Con todas las mendigas de las ciudades, de los arrozales, de las pistas que bordean el Siam, de las orillas del Mekong, poblé a la que me dio miedo. Vino de todas partes. Siempre llegó a Calcuta, de donde quiera que viniera. Siempre durmió a la sombra de los manzanos caneleros del patio de recreo. Mi madre siempre estuvo a su lado, para curarle el pie roído por los gusanos, cubierto de moscas.

A su lado, la niña de la historia. La lleva a lo largo de dos mil kilómetros. Ya no quiere saber nada de ella, la da, vamos, toma. Basta de niños. Ningún niño. Todos muertos o tirados, eso forma una masa al final de la vida. Esa que

duerme bajo los manzanos caneleros aún no está muerta. Es la que vivirá durante más años. Morirá en el interior de la casa, vestida de encajes. Será llorada.

Está en los declives de los arrozales que bordean la pista, grita y ríe a voz en cuello. Tiene una risa dorada, capaz de despertar a los muertos, de despertar a cualquiera que preste oídos a la risa de los niños. Permanece delante del bungalow durante días y días, en el bungalow hay blancos, lo recuerda, dan de comer a los mendigos. Después, una vez, bien, se despierta al amanecer y empieza a caminar, un día se va, a saber por qué, tuerce hacia la montaña, atraviesa la selva y sigue los caminos que corren a lo largo de las crestas de la cordillera de Siam. A fuerza de ver, quizá de ver el cielo amarillo y verde del otro lado de la planicie, pasa. Empieza a descender hacia el mar, hasta el final. Desciende las pendientes de la selva con su largo paso seco. Atraviesa, atraviesa. Son las selvas pestilentes. Las regiones más cálidas. No hay viento salubre del mar. Hay el estrépito estancado de los mosquitos, los niños muertos, la lluvia diaria. Y luego ahí están los deltas. Son los deltas más grandes de la tierra. Son de limo negro. Están hacia Chittagong. Ha dejado las pistas, las selvas, las rutas del té, los soles rojos, ve ante sí las bocas de los deltas. Coge la dirección del torbellino del mundo, la siempre remota, envolvente, del Este. Un día está frente al mar. Grita, ríe con contenida y milagrosa risa de pájaro. Debido a la risa, en Chittagong encuentra un junco que la cruza, los pescadores acceden a llevarla, atraviesa acompañada el golfo de Bengala.

Empieza, enseguida se la empieza a ver cerca de los vertederos de basuras, en las afueras de Calcuta.

Y luego se pierde. Y luego se la vuelve a encontrar. Está detrás de la embajada de Francia de esta misma ciudad. Duerme en un parque, saciada de un alimento infinito.

Allí está, durante la noche. Después, al amanecer, en el Ganges. El humor alegre y burlón, siempre. Ya no se va. Aquí come, duerme, la noche es tranquila, se queda ahí en el parque de las adelfas.

Un día voy, paso por allí. Tengo diecisiete años. Es el barrio inglés, los parques de la embajada, sopla el monzón, los tenis están desiertos. A lo largo del Ganges, los leprosos se ríen. Hacemos escala en Calcuta. Una avería del paquebote de línea. Visitamos la ciudad, para pasar el tiempo. Volvemos a partir al día siguiente, por la noche.

Quince años y medio. El asunto se sabe rápidamente en el puesto de Sadec. Tan sólo esa vestimenta implica ya la deshonor. La madre no tiene sentido de nada, ni el de la manera de educar a una niña. La pobre. No crea, ese sombrero no es inocente, ni tampoco el carmín de labios, todo eso significa algo, no es

inocente, tiene un significado, es para atraer las miradas, el dinero. Los hermanos, unos golfos. Dicen que es un chino, el hijo de un millonario, la quinta del Mekong, de azulejos azules. En lugar de sentirse honrado, ni siquiera él la quiere para sus hijos. Familia de golfos blancos.

La llaman la Dama, procede de Savannakhet. Su marido, destinado a Vinhlong. No se la ha visto en Vinhlong durante un año. A causa de ese joven, administrador adjunto en Savannakhet. No pueden seguir amándose. Entonces él se pega un tiro y se mata. La historia llega hasta el nuevo puesto de Vinhlong. Una bala en el corazón, el día de su partida de Savannakhet con destino a Vinhlong. En la plaza del puesto, a pleno sol. La mujer le había dicho que debían terminar, por sus niñas y por su marido destinado a Vinhlong.

Eso sucede en el barrio de mala fama de Cholen, cada tarde. Cada tarde esa pequeña viciosa va a hacerse acariciar el cuerpo por su sucio chino millonario. Va también al instituto donde van las niñas blancas, las pequeñas deportistas blancas que aprenden croul en la piscina del Club Deportivo. Un día les ordenarán que no dirijan la palabra a la hija de la directora de Sadec.

Durante el recreo, mira hacia la calle, sola, apoyada en el poste del patio. No dice nada de esto a su madre. Sigue llegando a clase en la limusina negra del chino de Cholen. La ven irse. No habrá ninguna excepción. Ninguna volverá a dirigirle la palabra. Tal aislamiento provoca el recuerdo de la dama de Vinhlong. Acababa, en aquel momento, de cumplir treinta y ocho años. Y, entonces, diez la niña. Y luego, ahora, cuando lo recuerda, dieciséis años.

La dama está en la terraza de su habitación, contempla las avenidas que corren a lo largo del Mekong, la veo al regresar del catecismo con mi hermano pequeño. La habitación está en el centro de un gran palacio de terrazas cubiertas, el palacio está en el centro del parque de las adelfas y de las palmeras. Una misma diferencia separa a la dama y a la niña del sombrero de ala plana del resto de la gente del puesto. Así como las dos contemplan las largas avenidas de los ríos, así son las dos. Las dos aisladas. Solas, reinas. Su desgracia es evidente. Abocadas las dos a la difamación debido a la naturaleza del cuerpo que poseen, acariciado por los amantes, besado por sus bocas, entregadas a la infamia del goce hasta morir, dicen, hasta morir de ese amor misterioso de los amantes sin amor. De eso es de lo que se trata, de esas ganas de morir. Eso emana de ellas, de sus habitaciones, esa muerte tan poderosa que la ciudad entera está al corriente, los puestos de la selva, las capitales de provincias, las recepciones, los bailes lentos de las administraciones generales.

La dama acaba precisamente de reemprender esas recepciones oficiales, cree que se acabó, que el joven de Savannakhet ha entrado en el olvido. Así pues la dama ha reemprendido esas veladas que considera a propósito para que

la gente pueda verse de vez en cuando y para, también de vez en cuando, salir de la espantosa soledad en la que se hallan los puestos de la selva perdidos en las extensiones cuadriláteras de arroz, del miedo, de la locura, de las fiebres, del olvido.

Por la tarde, a la salida del instituto, la misma limusina negra, el mismo sombrero insolente e infantil, los mismos zapatos de lamé y ella va, va a hacerse descubrir el cuerpo por el millonario chino, que la lavará en la ducha, detenidamente, como la pequeña hacía cada noche en casa de su madre, con el agua fresca de una tinaja que el hombre reserva para ella, y después la llevará mojada a la cama, pondrá el ventilador y la besará una y otra vez por todas partes y ella pedirá más y más, y después regresará al pensionado, y nadie la castigará, ni le pegará, ni la desfigurará, ni la insultará.

Él se mató al final de la noche, en la gran plaza del puesto resplandeciente de luz. Ella bailaba. Después, amaneció. Había siluetado el cuerpo. Después, transcurrido un tiempo, el sol había deformado la forma. Nadie se había atrevido a acercarse. La policía lo hará. Al mediodía, después de la llegada de las chalupas, ya no habrá nada, la plaza estará limpia.

Mi madre dijo a la directora del pensionado: no importa, todo eso carece de importancia, ¿ve? ¿ve qué bien le sientan esos vestidos usados, ese sombrero rosa y esos zapatos dorados? Cuando habla de sus hijos la madre está ebria de alegría y, entonces, su encanto es aún mayor. Las jóvenes vigilantas del pensionado escuchan apasionadamente a la madre. Todos, dice la madre, todos la rondan, todos los hombres del puesto, casados o no, la rodean, requieren a esa niña, esa cosa, aún indefinida, miren, una niña aún. ¿Deshonrada, dice la gente? Y yo digo: ¿cómo se las arreglaría la inocencia para deshonorarse?

La madre habla, habla. Habla de la prostitución manifiesta y ríe, del escándalo, de esta payasada, de ese sombrero fuera de lugar, de esta elegancia sublime de la niña de la travesía del río, y ríe de esa cosa irresistible aquí, en las colonias francesas, hablo, dice, de esa piel blanca, de esa joven criatura que estaba hasta ahí escondida en los puestos de la selva y que de repente sale a la luz del día y se compromete en la ciudad a la vista y al conocimiento de todos, con el deshecho del millonario chino, diamante en el dedo como una joven banquera, y llora.

Cuando ella vio el diamante dijo con un hilo de voz: me recuerda un solitario que tuve del noviazgo con mi primer marido. Digo: el señor Oscuro. Reímos. Era su nombre, dice, con todo es cierto.

Nos miramos mucho rato y después tuvo una sonrisa muy dulce, ligeramente burlona, impregnada de un conocimiento tan profundo de sus hijos y de lo que les aguardaba más tarde que estuve a punto de hablarle de

Cholen.

No lo hice. Jamás lo hice.

Esperó mucho tiempo antes de volver a hablarme, después lo hizo, con mucho amor: ¿sabes que se ha acabado, que nunca podrás casarte aquí, en la colonia? Me encojo de hombros, río. Digo: puedo casarme en todas partes, cuando quiera. Mi madre hace un gesto negativo. No. Dice: aquí todo se sabe, aquí ya no podrás. Me mira y dice cosas inolvidables: ¿les gustas? Respondo: eso es, les gusto a pesar de todo. Entonces, dice: les gustas también porque tú eres tú.

Aún me pregunta: ¿le ves sólo por el dinero? Dudo y luego digo que es sólo por el dinero. Aún me mira largamente, no me cree. Dice: no te me pareces, tuve más dificultades que tú para los estudios y era muy seria, lo he sido durante demasiado tiempo, demasiado tarde, he perdido el sabor de mi placer.

Era un día de vacaciones en Sadec. La madre descansaba en un rocking-chair, los pies encima de una silla, había provocado una corriente de aire entre las puertas del salón y del comedor. Estaba tranquila, nada aviesa. De repente había descubierto a su pequeña, tuvo ganas de hablarle.

No faltaba mucho para el final, para el abandono de las tierras del embalse. No faltaba mucho para la marcha a Francia.

La miraba mientras se dormía.

De vez en cuando mi madre decreta: mañana vamos al fotógrafo. Se queja del precio, sin embargo hace el gasto de las fotos familiares. Las fotos, las contemplamos, no nos contemplamos pero contemplamos las fotografías, cada una por separado, sin comentar una palabra, pero las contemplamos, nos vemos. Se ven los demás miembros de la familia, uno a uno, o juntos. Volvemos a vernos cuando éramos muy pequeños en las viejas fotos y nos contemplamos en las fotos recientes. La separación ha aumentado entre nosotros. Una vez contempladas, las fotos se guardan entre la ropa blanca, en el armario. Mi madre nos hizo fotografiar para poder vernos, ver si crecíamos con normalidad. Nos contempla durante un buen rato, como otras madres, otros hijos. Compara unas fotos con otras, habla del crecimiento de cada uno. Nadie le contesta.

Mi madre sólo hizo fotografiar a sus hijos. Nada más, nunca. No tengo fotografías de Vinhlong, ninguna, ni del jardín, ni del río, ni de las rectas avenidas bordeadas de los tamarindos de la conquista francesa, ninguna, ni de la casa, ni de nuestras habitaciones de asilo blanqueadas con cal, con las grandes camas de hierro negras y doradas, iluminadas como las clases del colegio con las bombillas rojizas de las avenidas, los tragaluces, las pantallas

de chapa verde, ninguna, ninguna imagen de los lugares increíbles, siempre provisionales, más allá de toda fealdad, para huir, en los que mi madre acampaba en espera, decía, de instalarse de verdad, pero en Francia, en esas regiones de las que habló durante toda su vida y que se situaban según su humor, su edad, su tristeza, entre el Paso de Calais y Entre-deux-Mers. Cuando se detenga para siempre, cuando se instale en el Loira, su habitación será la réplica de la de Sadec, terrible. Habrá olvidado.

Nunca hacía fotos a los lugares, a los paisajes, sólo a nosotros, sus hijos, y la mayoría de las veces nos agrupaba para que la foto costara menos. Las pocas fotos de amateur que nos hicieron fueron realizadas por amigos de mi madre, colegas recién llegados a la colonia que tomaban vistas del paisaje ecuatorial, de los cocoteros y de los culís, para enviarlas a la familia.

Misteriosamente mi madre enseña las fotografías de sus hijos a la familia durante sus permisos. Nosotros no queremos tener tratos con esa familia. Mis hermanos no la conocieron. Al principio, mi madre me arrastraba, a mí, la pequeña, a visitarla. Y después dejé de ir, porque mis tías, debido a mi escandalosa conducta, ya no querían que sus hijas me vieran. Entonces, a mi madre sólo le quedan las fotografías para enseñar, entonces mi madre las enseña, lógicamente, razonablemente, enseña a sus primas hermanas los hijos que tiene. Se siente obligada a hacerlo y por lo tanto lo hace, sus primas son todo lo que queda de la familia, entonces les enseña las fotos de la familia. ¿Se descubre algo de esa mujer a través de esa manera de ser? ¿A través de esa predisposición que tiene para ir hasta el fondo de las cosas sin nunca imaginar que podría renunciar, dejar todo, las primas, las dificultades, los incordios? Creo que sí. En ese valor de la especie, absurdo, reconozco la gracia profunda.

Ya vieja, los cabellos blancos, también ella fue al fotógrafo, fue sola, se hizo fotografiar con su hermoso traje rojo oscuro y sus dos joyas, su largo collar y su broche de oro y jade, un trozo de jade engastado en oro. En la foto está bien peinada, ni una arruga, una imagen. Los indígenas acomodados iban también al fotógrafo, una vez en su vida, cuando veían que la muerte se aproximaba. Las fotos eran grandes, todas tenían el mismo formato, estaban enmarcadas en bonitos marcos dorados y colgaban cerca del altar de los antepasados. Toda la gente fotografiada, he visto a mucha, da casi la misma foto, su parecido era alucinante. No sólo es debido a que la vejez se parece sino también a que los retratos se retocaban, siempre, y de tal modo que las particularidades del rostro, si aún quedaban, se atenuaban. Los rostros se preparaban del mismo modo para afrontar la eternidad, aparecían engomados, uniformemente rejuvenecidos. Era lo que la gente deseaba. Éste parecido — esta discreción— debía vestir el recuerdo de su paso a través de la familia, testimoniar la singularidad de éste y a la vez su efectividad. Cuanto más se parecían más patente debía resultar la pertenencia a la casta familiar. Además,

todos los hombres llevaban el mismo turbante, las mujeres el mismo moño, los mismos peinados tirantes, hombre y mujeres el mismo traje de cuello alto. Todos presentaban el mismo aspecto que yo reconocería aún entre todos. Y ese aspecto que mi madre tenía en la fotografía del traje rojo era el suyo, era ése, noble, dirían algunos, y algunos otros, desdibujado.

Nunca más hablan del asunto. Está acordado que él no intentará nada más ante su padre para casarse. Que el padre no tendrá piedad alguna para con su hijo. No la siente por nadie. De todos los emigrados chinos que tienen el comercio del puesto en sus manos, el de las terrazas azules es el más terrible, el más rico, aquél cuyos bienes se extienden más lejos, más allá de Sadec, hasta Cholen, la capital china de la Indochina francesa. El hombre de Cholen sabe que la decisión de su padre y la de la pequeña son la misma y que son inapelables. En último término empieza a comprender que la partida que lo separará de la pequeña es la oportunidad de su historia. Que no está hecha para casarse, que escapará a todo matrimonio, que tendrá que dejarla, olvidarla, devolverla a los blancos, a sus hermanos.

Desde que él enloquecía por su cuerpo, la niña ya no sufría por tenerlo, por su delgadez y, al mismo tiempo, extrañamente, su madre ya no se inquietaba como lo hacía antes, como si también hubiera descubierto que ese cuerpo era finalmente plausible, aceptable, igual que otro. El hombre, el amante de Cholen, cree que el desarrollo de la pequeña blanca ha acusado el calor demasiado fuerte. También ha nacido y ha crecido en este calor. Descubre que tiene ese parentesco con ella. Dice que todos esos años pasados aquí, en este calor intolerable, son la causa de que se haya convertido en una muchacha de ese país de Indochina. Que posee la finura de sus muñecas, sus cabellos tupidos de los que diríase que han acaparado en sí todo el vigor, largos como los suyos, y, sobre todo, esa piel, esa piel de todo el cuerpo que es producto del agua de la lluvia que aquí se guarda para el baño de las mujeres y de los niños. Dice que las mujeres de Francia, a su lado, tienen la piel del cuerpo dura, casi áspera. Añade que la alimentación pobre de los trópicos, hecha de pescados, de frutas, sirve también para algo. Y también los algodones y las sedas de las que están hechos los vestidos, esos vestidos siempre anchos, que dejan el cuerpo lejos de la tela, libre, desnudo.

El amante de Cholen se ha acostumbrado a la adolescencia de la niña blanca hasta perderse. El placer que cada tarde recibe de ella ha dominado su tiempo, su vida. Ya casi no le habla. Quizá cree que la pequeña no comprendería lo que le diría respecto a ella, respecto a ese amor que aún no conocía y del que no sabe decir nada. Quizá descubre que nunca se han hablado, excepto cuando se llaman entre los gritos de la habitación, por la noche. Sí, creo que él no sabía, descubre que no sabía.

La mira. Con los ojos cerrados la sigue mirando. Respira su rostro. Respira

la niña, con los ojos cerrados respira su respiración, ese aire cálido que ella exhala. Distingue cada vez menos claramente los límites de su cuerpo, no es como los otros, no está acabado, en la habitación sigue creciendo, aún no ha alcanzado las formas definitivas, se hace a cada instante, no sólo está ahí donde lo ve, también está en otras partes, se extiende más allá de la vista, hacia el juego, la muerte, es flexible, se lanza todo entero al placer como si fuera mayor, en edad, carece de malicia, es de una inteligencia terrible.

Contemplaba lo que hacía de mí, cómo se servía de mí y yo nunca había pensado que pudiera hacerse de este modo, iba más allá de mis esperanzas y conforme al destino de mi cuerpo. Así me convertía en su niña. Para mí él se había convertido en otra cosa. Empezaba a reconocer la dulzura indecible de su piel, de su sexo, más allá de él mismo. La sombra de otro hombre debió cruzar también por la habitación, la de un joven asesino, pero yo no lo sabía aún, nada de eso aparecía aún ante mis ojos. La de un joven cazador debió de cruzar también por la habitación, pero en lo que se refería a ésta, sí, lo sabía, a veces estaba presente en el placer y se lo decía, al amante de Cholen, le hablaba de su cuerpo y también de su sexo, de su inefable dulzura, de su valor en la selva y en los ríos de las desembocaduras de las panteras negras. Todo eso provocada su deseo y le incitaba a tomarme. Me había convertido en su niña. Era con su niña con quien hacía el amor cada tarde. Y, a veces, tenía miedo, de repente se inquietaba por su salud como si descubriera que era mortal y como si se le ocurriera la idea de que podía perderla. Porque es tan delgada, también le entra miedo de repente por eso, brutalmente. Y también por ese dolor de cabeza, que a menudo la hace desfallecer, lívida, inmóvil, una venda húmeda en los ojos. Y también por esa desgana que a veces le inspira la vida, cuando no la domina, y piensa en su madre y de repente grita y llora de rabia ante la idea de no poder cambiar las cosas, hacer feliz a su madre antes de que muera, matar a quienes han provocado ese daño. El rostro de la pequeña en el suyo, el hombre toma esos llantos, los aplasta, loco de deseo por sus lágrimas, por su rabia.

La toma como tomaría a su niña. Tomaría a su niña de la misma manera. Juega con el cuerpo de su niña, le da vuelta, se cubre con ella el rostro, la boca, los ojos. Y la pequeña, la pequeña sigue abandonándose en la dirección exacta que él ha emprendido cuando ha empezado a jugar. Y de pronto es ella quien le suplica, sin decir qué, y el hombre, el hombre le grita que se calle, grita que ya no quiere saber nada de ella, que no quiere gozarla, y helos de nuevo atornillados entre sí, prisioneros entre sí en el espanto, y hete aquí que este espanto vuelve a diluirse, que se le entregan, entre lágrimas, desespero y felicidad.

Callan a lo largo de la noche. En el coche negro que la lleva al pensionado apoya la cabeza en su hombro. El la abraza. Le dice que está bien que el barco

de Francia llegue pronto y se la lleve y los separe. Callan durante el trayecto. A veces el hombre le pide al chófer que vaya a lo largo del río para dar una vuelta. Se duerme, extenuada, contra él. La despierta con sus besos.

En el dormitorio la luz es azul. Hay un olor a incienso, siempre lo queman a la hora del crepúsculo. El calor está estancado, todas las ventanas están abiertas de par en par y no hay ni un soplo de aire. Me quito los zapatos para no hacer ruido pero estoy tranquila, sé que la vigilanta no se levantará, que ahora me está permitido llegar a la hora que quiera. Voy enseguida a ver el sitio que ocupa H. L., siempre con un poco de inquietud, siempre con el temor de que se haya escapado del pensionado durante el día. Está. H. L. duerme profundamente. Tengo el recuerdo de un sueño entrecortado, casi hostil. De rechazo. Sus brazos desnudos rodean la cabeza, abandonados. El cuerpo no está correctamente acostado como el de las otras chicas, sus piernas están dobladas, el rostro no se ve, la almohada ha resbalado. Adivino que estuvo esperándome y que después se durmió así, llena de impaciencia, de rabia. También debió de llorar y después cayó en el abismo. Me gustaría despertarla y hablar, las dos juntas, en voz baja. Con el hombre de Cholen ya no hablo, ya no habla conmigo, necesito oír las preguntas de H. L. Posee esta incomparable delicadeza de la gente que no entiende lo que se les dice. Pero despertarla no es posible. Una vez despertada así, en plena noche, H. L. ya no puede dormirse de nuevo. Se levanta, tiene ganas de salir, lo hace, baja las escaleras, avanza por los pasillos, por los grandes patios vacíos, corre, me llama, se siente tan feliz, nada se puede contra eso, y cuando se la castiga sin paseo, se sabe que eso es lo que espera. Dudo, y luego no, no la despierto. Bajo la mosquitera el calor es sofocante, al cerrarla de nuevo parece imposible que pueda soportarse. Pero sé que es porque llego de fuera, de las orillas del río donde siempre hace fresco por la noche. Estoy acostumbrada, no me muevo, espero a que pase. Pasa. Nunca me duermo enseguida, a pesar de las nuevas fatigas en mi vida. Pienso en el hombre de Cholen. Debe de estar en una sala de fiestas, cerca de la Source, con su chófer, deben de beber en silencio, beben licor de arroz cuando están juntos, mano a mano. O bien ha regresado a casa, se ha dormido a la luz de la habitación, siempre sin hablar con nadie. Esa noche ya no puedo soportar pensar en el hombre de Cholen. Ya no puedo soportar pensar en H. L. Diríase que poseen una vida colmada, que eso les viene del exterior de sí mismos. Diríase que no tengo nada parecido. La madre dice: nunca estará contenta de nada. Creo que mi vida ha empezado a mostrármeme. Creo que ya sé decírmelo, tengo vagamente ganas de morir. Ya no vuelvo a separar esa palabra de mi vida. Creo que tengo, vagamente, ganas de estar sola e incluso me doy cuenta de que ya no estoy sola desde que dejé la infancia, la familia del Cazador. Escribiré libros. Eso es lo que vislumbro más allá del instante, en el gran desierto bajo cuyos trazos se me aparece la amplitud de mi vida.

Ya no sé cuáles eran las palabras del telegrama de Saigón. Si se decía que mi hermano menor había fallecido o si decían: ha sido llamado por Dios. Creo recordar que había sido llamado por Dios. La evidencia me invadió: ella no pudo haber enviado el telegrama. El hermano pequeño. Muerto. Primero resulta ininteligible y después, bruscamente, de todas partes, del fondo del mundo, llega el dolor, el dolor me revistió, me arrebató, no reconocía nada, dejé de existir salvo para el dolor, no sabía cuál, si era el de haber perdido un niño unos meses antes de lo que correspondía o si se trataba de un dolor nuevo. Ahora creo que se trataba de un dolor nuevo, a mi hijo muerto al nacer nunca lo conocí y entonces no quise matarme como quería hacerlo aquí.

Se equivocaban. El error que se había cometido, en pocos segundos, se propaló por todo el universo. El escándalo estaba a la escala de Dios. Mi hermano menor era inmortal y no lo habíamos advertido. La inmortalidad había sido encubierta por el cuerpo de ese hermano mientras vivió y nosotros no comprendimos que era en aquel cuerpo donde la inmortalidad se hallaba alojada. El cuerpo de mi hermano estaba muerto. La inmortalidad había muerto con él. Y así andaba ahora el mundo, privado de ese cuerpo visitado, y de esa visita. Nos habíamos equivocado por completo. El error se propaló por todo el universo, el escándalo.

A partir del momento en que estaba muerto, él, el hermano pequeño, todo debía morir después. Y por él. La muerte, en cadena, partía de él, del niño.

El cuerpo muerto del niño en nada se resintió de los sucesos de los que era causa. No conocía el nombre de la inmortalidad que había abrigado durante veintisiete años.

Nadie comprendió excepto yo. Y a partir del momento en que alcancé ese conocimiento tan simple, a saber, que el cuerpo de mi hermano menor también era el mío, yo debía morir. Y morí. Mi hermano menor hizo que me pareciera a él, me atrajo hacia él y morí.

Habría que prevenir a la gente de esas cosas. Enseñarles que la inmortalidad es mortal, que puede morir, que ha ocurrido, que sigue ocurriendo. Que no se muestra como tal nunca, que es la duplicidad absoluta. Que no existe nunca en los pormenores sino en el principio. Que algunas personas pueden encubrir su presencia, a condición de que ignoren el hecho. Al igual que otras personas pueden detectar la presencia en esas gentes, también pueden ignorar que pueden hacerlo. Que la vida es inmortal mientras se vive, mientras está con vida. Que la inmortalidad no es una cuestión de más o menos tiempo, que no es una cuestión de inmortalidad, que es una cuestión de otra cosa que permanece ignorada. Que es tan falso decir que carece de principio y de fin como decir que empieza y termina en la vida del alma desde el momento en que participa del alma y de la prosecución del viento. Mirad las

arenas muertas del desierto, el cuerpo muerto de los niños: la inmortalidad no pasa por ahí, se detiene y los esquivo.

En lo que respecta al hermano menor se trató de una inmortalidad sin tacha, sin leyenda, sin accidente, pura, de un solo alcance. El hermano menor no tenía nada que clamar en el desierto, no tenía nada que decir, ni aquí ni en ninguna parte, nada. Carecía de instrucción, nunca llegó a instruirse en nada de nada. No sabía hablar, apenas leer, apenas escribir, a veces creíamos que no sabía ni sufrir. Era alguien que no comprendía y que tenía miedo.

Ese insensato amor que le profeso sigue siendo para mí un insondable misterio. No sé por qué le quería hasta ese extremo de querer morir de su muerte. Hacía diez años que nos habíamos separado y cuando eso sucedió raramente pensaba en él, le quería, parece, para siempre y nada nuevo podía alcanzar ese amor. Yo había olvidado la muerte.

Se hablaba poco juntos, se hablaba muy poco del hermano mayor, de nuestra desdicha, de lo de la madre, de lo de la planicie. Más bien se hablaba de la caza, de carabinas, de mecánica, de coches. Montaba en cólera contra el coche cascado y me contaba, me describía los carricoches que tendría más tarde. Yo conocía todas las marcas de carabinas de caza y todas las de carricoches. También se hablaba, por supuesto, de ser devorados por los tigres a la que nos descuidáramos o de ahogarnos en el río si seguíamos nadando en las corrientes. Era dos años mayor que yo.

Ha parado el viento y bajo los árboles hay esa luz sobrenatural que sigue a la lluvia. Los pájaros gritan con todas sus fuerzas, dementes, afilan el pico contra el aire frío, lo hacen sonar en toda su amplitud de modo ensordecedor.

Los paquebotes remontan la ría de Saigón, motores parados, arrastrados por remolcadores, hasta las instalaciones portuarias que se hallan en los meandros del Mekong a su paso por Saigón. Ese meandro, ese brazo del Mekong, se llama la Rivière, la Rivière de Saigón. La escala era de ocho días. Desde el momento en que los barcos estaban en el muelle, Francia estaba allí. Se podía cenar en Francia, bailar, era demasiado caro para mi madre y además, según ella, no valía la pena, pero con él, con el amante de Cholen, se podría haber hecho. No lo hacía por miedo a ser visto con la pequeña blanca, tan joven, no lo decía, pero ella lo sabía. En aquella época, aún no muy lejana, apenas hace cincuenta años, en el mundo sólo existían los barcos para ir por el mundo entero. Grandes zonas de los continentes aún carecían de carreteras, de trenes. En centenares, miles de kilómetros cuadrados, sólo existían aún los caminos de la prehistoria. Eran los hermosos paquebotes de las Agencias Marítimas, los mosqueteros de la línea, el Porthos, el D'Artagnan, el Aramis, los que unían Indochina con Francia.

Aquel viaje duraba veinticuatro días. Los paquebotes de la línea

constituían ya en sí ciudades con calles, bares, cafés, bibliotecas, salones, reuniones, amantes, matrimonios, muertes. Se formaban sociedades azarosas, forzadas, se sabía, no se olvidaba, y por eso se tornaban tolerables e, incluso a veces, inolvidables por su encanto. Eran los únicos viajes de las mujeres. Sobre todo para muchas de ellas, pero, a veces, para algunos hombres, los viajes para trasladarse a las colonias seguían siendo la verdadera aventura de la empresa. Para la madre siempre habían sido, con nuestra primera infancia, lo que ella llamaba "lo mejor de su vida".

Las partidas. Siempre las mismas partidas. Siempre las primeras partidas por mar. Separarse de la tierra siempre se había hecho con el mismo dolor y el mismo desespero, pero eso nunca había impedido partir a los hombres, los judíos, los pensadores y los viajeros puros del único viaje por mar, y eso tampoco había impedido nunca que las mujeres los dejaran partir, las mujeres que nunca partían, que se quedaban para preservar la tierra natal, la raza, los bienes, la razón de ser de su entorno. Durante siglos, los buques hicieron que los viajes fueran más lentos, más trágicos también de lo que son hoy en día. La duración del viaje cubría la extensión de la distancia de manera natural. Se estaba acostumbrado a esas lentas velocidades humanas por tierra y por mar, a esos retrasos, a esas esperas del viento, las escampadas, los naufragios, el sol, la muerte. Los paquebotes que la pequeña blanca conoció quedaban ya entre los últimos correos del mundo. Fue, en efecto, durante su juventud cuando se establecieron las primeras líneas de avión que, progresivamente, deberían privar a la humanidad de los viajes a través de los mares.

Seguíamos yendo cada día al apartamento de Cholen. Él se comportaba como de costumbre, durante un tiempo se comportó como de costumbre, me duchaba con el agua de las tinajas y me llevaba a la cama. Acudía a mi lado, también se tendía pero se había quedado sin energía alguna, sin potencia alguna. Una vez fijada la fecha de la partida, incluso lejana aún, y ya no podía hacer nada con mi cuerpo. Llegó brutalmente, sin él saberlo. Su cuerpo ya no quería saber nada de la que iba a partir, a traicionar. Decía: ya no puedo hacerlo, creía que aún podría, ya no puedo. Decía que estaba muerto. Tenía una sonrisa de excusa muy dulce, decía que quizás ya no se recuperaría nunca más. Le preguntaba si lo hubiera deseado. Reía, casi, decía: no sé, en este momento quizá sí. Su dulzura sobrevivía entera en el dolor. No hablaba de este dolor, nunca dijo una palabra al respecto. A veces, su rostro temblaba, cerraba los ojos y apretaba los dientes. Pero nunca decía nada referente a las imágenes que veía detrás de los ojos cerrados. Hubiérase dicho que amaba ese dolor, que lo amaba como me había amado, muy intensamente, quizás hasta morir, y que ahora lo prefería a mí. A veces decía que quería acariciarme porque sabía que yo deseaba que lo hiciera y que quería mirarme en el momento en que el placer se produjera. Lo hacía y al mismo tiempo me miraba y me llamaba como a su hija. Se había decidido no volver a verse pero no era posible, no

había sido posible. Cada tarde lo encontraba delante del instituto, en su coche negro, la cabeza vuelta de vergüenza.

Cuando la hora de la partida se acercaba, el barco lanzó tres llamadas de sirena, muy largas, de una intensidad terrible, se propalaron por toda la ciudad y el cielo, por encima del puerto, se tiñó de negro. Entonces, los remolcadores se acercaron al barco y lo arrastraron hacia el tramo central del río. Una vez hecho esto, los remolcadores soltaron amarras y regresaron al puerto. Entonces, el barco, una vez más, dijo adiós, lanzó de nuevo sus mugidos terribles y tan misteriosamente tristes que hacían llorar a la gente, no sólo a la del viaje, la que se separaba, sino también a la que había ido a mirar, la que estaba allí sin ninguna razón precisa y que no tenía a nadie en quien pensar. El barco, enseguida, muy lentamente, con sus propias fuerzas, se internó en el río. Durante mucho rato se vio su alta silueta avanzar hacia el mar. Mucha gente permanecía allí, mirándolo, haciendo señas cada vez más ralentizadas, cada vez más desalentadas, con sus chales, sus pañuelos. Y luego, por fin, la tierra se llevó la silueta del barco en su curvatura. Con tiempo despejado se le veía oscurecer lentamente.

Ella también, cuando el barco lanzó su primer adiós, cuando se levantó la pasarela y los remolcadores empezaron a arrastrarlo, a alejarlo de la tierra, también ella lloró. Lo hizo sin dejar ver sus lágrimas, porque él era chino y esa clase de amantes no debía ser motivo de llanto. Sin demostrar a su madre ni a su hermano menor que se sentía apenada, sin demostrar nada, como era habitual entre ellos. El gran coche negro estaba allí, con, delante, el chófer de blanco. Ella se hallaba un poco apartada del estacionamiento de las Agencias Marítimas, aislada. Lo había reconocido por esas señales. Él iba detrás, esa forma apenas visible, que no hacía ningún movimiento, abatida. Ella estaba acodada en la borda, como la primera vez en el transbordador. Sabía que la miraba. Ella también le miraba, ya no le veía pero seguía mirando hacia la fortaleza del coche negro. Y después, al final, ya no le vio. El puerto se desdibujó y, después, la tierra.

El mar de China, el mar Rojo, el océano Indico, el canal de Suez, despertar por la mañana, y ya estaba, se sabía por la desaparición de trepidaciones, se avanzaba por las arenas. Pero, ante todo, ese océano. Era el más lejano, el más vasto, tocaba el polo Sur, el más largo entre las escalas, entre Ceilán y Somalia. A veces estaba tan calmo y el tiempo tan puro que, al atravesarlo, se trataba como de otro viaje distinto de aquel mar a través. Entonces el barco entero se abría, los salones, las crujías, los ojos de buey. Los pasajeros huían de sus tórridos camarotes e incluso dormían en el puente.

En el curso de un viaje, durante la travesía de ese océano, avanzada la noche, alguien moría. Ella ya no sabe exactamente si fue en el curso de ese viaje o de otro viaje cuando sucedió. Había gente jugando a cartas en el bar de

Primera, entre esos jugadores había un hombre joven y, en un momento dado, ese hombre joven, sin una palabra, dejó sus cartas, salió del bar, atravesó corriendo el puente y se arrojó al mar. El tiempo de detener el barco que iba a toda velocidad y el cuerpo ya se había perdido.

No, al escribirlo, no ve el barco sino otro lugar, donde ha oído contar la historia. Fue en Sadec. El hijo del administrador de Sadec. Lo conocía. También iba al instituto de Saigón. Lo recuerda, muy alto, el rostro muy dulce, moreno, las gafas de concha. En el camarote no encontraron nada, ninguna carta. La edad permaneció en la memoria, terrorífica, la misma, diecisiete años. Al alba, el barco reemprendió la marcha. Lo más terrible fue eso. La salida del sol, el mar vacío, y la decisión de abandonar la búsqueda. La separación.

Y otra vez, en el curso de ese mismo viaje, durante la travesía de ese mismo océano, también ya estrenada la noche, en el gran salón del puente principal se produjo el estallido de un vals de Chopin que conocía de un modo secreto e íntimo porque había intentado aprenderlo durante meses y nunca había logrado interpretar correctamente, nunca, lo cual fue motivo de que, enseguida, su madre consintiera en permitirle abandonar el piano. Esa noche, perdida entre noches y noches, de eso estaba segura, la chiquilla la pasó en ese barco y estuvo allí cuando se produjo el estallido de la música de Chopin bajo el cielo iluminado de brillanteces. No había un soplo de viento y en el paquebote negro, la música se propaló por todas partes, como una exhortación del cielo de la que no se supiera de qué trataba, como una orden de Dios de la que se ignoraba el contenido. Y la joven se levantó como para ir a su vez a matarse, a arrojarse a su vez al mar y después lloró porque pensó en el hombre de Cholen y no estaba segura, de repente, de no haberle amado con un amor que le hubiera pasado inadvertido por haberse perdido en la historia como el agua en la arena y que lo reconocía sólo ahora en este instante de la música lanzada a través del mar.

Como más tarde la eternidad del hermano pequeño a través de la muerte.

A su alrededor la gente dormía, envuelta en la música pero sin despertarse por su causa, tranquila. La muchacha pensaba que acababa de ver la noche más calma que nunca más volvería a darse en el océano Indico. Cree que fue también en el transcurso de esa noche cuando vio llegar hasta el puente a su hermano menor con una mujer. Él se había acodado en la borda, ella le había abrazado y los dos se habían besado. La muchacha se había escondido para ver mejor. Había reconocido a la mujer. Con el hermano menor ya no se dejaban nunca. Era una mujer casada. Se trataba de una pareja muerta. El marido parecía no darse cuenta de nada. Durante los últimos días del viaje el hermano menor y la mujer permanecían toda la jornada en el camarote, sólo salían por la noche. Durante esas mismas jornadas hubiérase dicho que el hermano

menor miraba a su madre y a su hermana sin reconocerlas. La madre se había vuelto arisca, silenciosa, celosa. La pequeña lloraba. Se sentía feliz, creía, y al mismo tiempo tenía miedo de lo que, más tarde, le sucedería al hermano menor. Creyó que las dejaría, que se marcharía con esa mujer, pero no, al llegar a Francia se les unió de nuevo.

No sabe cuánto tiempo después de la partida de la niña blanca ejecutó él la orden del padre, cuándo llevó a cabo esa boda que le ordenó hacer con la joven designada por las familias desde hacía diez años, cubierta también de oro, de diamantes, de jade. Una china también originaria del Norte, de la ciudad de Fu-Chuen, llegada en compañía de la familia.

Debió pasar mucho tiempo sin poder estar con ella, sin llegar a darle el heredero de las fortunas. El recuerdo de la pequeña blanca debía de estar allí, tendido, el cuerpo, allí, atravesado en la cama. Durante mucho tiempo debió de ser la soberana de su deseo, la referencia personal a la emoción, a la inmensidad de la ternura, a la sombría y terrible profundidad carnal. Después llegó el día en que eso debió resultar factible. Precisamente aquél en que el deseo de la niña blanca debía de ser tal, insostenible hasta tal extremo que hubiera podido encontrar de nuevo su imagen total como en una fiebre intensa y poderosa, y penetrar a la otra mujer de ese deseo de la pequeña, la niña blanca. A través de la mentira debió encontrarse en el interior de esa mujer y, a través de la mentira, hacer lo que las familias, el Cielo, los antepasados del Norte esperaban de él, a saber, el heredero del apellido.

Quizá conocía la existencia de la muchachita blanca. Tenía sirvientas nativas de Sadec que conocían la historia y que debieron hablar. No debía de ignorar su pena. Deberían ser de la misma edad, dieciséis años. ¿Vio llorar a su esposo aquella noche? Y, al verlo, ¿lo consoló? Una joven de dieciséis años, una novia china de los años treinta, ¿podía, sin resultar inconveniente, consolar esa clase de pena adúltera de la que se resarcía? Quién sabe. Quizá se equivocara, quizá lloró con él, sin una palabra, durante el resto de la noche. Y después el amor llegó enseguida, después de los llantos.

Ella, la muchachita blanca, la pequeña, nunca se enteró de esos acontecimientos.

Años después de la guerra, después de las bodas, de los hijos, de los divorcios, de los libros, llegó a París con su mujer. Él le telefoneó. Soy yo. Ella le reconoció por la voz. Él dijo: sólo quería oír tu voz. Ella dijo: soy yo, buenos días. Estaba intimidado, tenía miedo, como antes. Su voz, de repente, temblaba. Y con el temblor, de repente, ella reconoció el acento de China. Sabía que había empezado a escribir libros. Lo supo por la madre a quien volvió a ver en Saigón. Y también por el hermano menor, que había estado triste por ella. Y después ya no supo qué decirle. Y después se lo dijo. Le dijo

que era como antes, que todavía la amaba, que nunca podría dejar de amarla, que la amaría hasta la muerte.